

EL SOMBRERO DE TRES PICOS

Periódico ilustrado semanal, de arte gubernativo, enseñanza física y defensa del derecho.

Órgano de opinión.—Exaltador del nivel moral sociológico y de la cultura progresiva.—Salvaguardia del orden.—Protector de los guardias civiles, guardias de seguridad, agentes de vigilancia y empleados de prisiones en excepción, y de todos los seres honrados en regla.—Censor viril de oligarcas y caciques y anatematizador de todo hecho inmoral.—Consultorio general técnico-sociológico.—El lema de **El Sombrero de tres picos** se esculpe en esta áurea medalla: Anverso: Seres de honor, a nuestro frente; tratamiento: amor. Reverso: Seres incorrectos en grado inmoral, a nuestra espalda; tratamiento: el látigo.

SUSCRIPCION

Un mes 0,50 pesetas.
Extranjero, año..... 10 francos.
El pago adelantado donde no admitan cargos.

Anuncios: precios convencionales.

Telegramas: **SONTRESPICOS**

APARTADO DE CORREOS 389

Toda la correspondencia

D. MANUEL PALACIOS VAZQUEZ

No se devuelven los originales.

APARTADO 389

No se sostiene correspondencia sobre los originales.

Año II.

Madrid, 16 de Enero de 1917.

Núm. 7

CONDICIONES DEL PERIÓDICO

Se publicará por ahora los días 1.º, 8, 16 y 24, en la misma forma, dimensiones, papel, impresión, etc., intercalando grabados de interés, actualidad, recuerdos, etc.

Correspondencia gratis.

Sostendremos con nuestros clientes la que sea precisa para satisfacer sus justas demandas.

(Al margen de la actualidad.)

La odisea de "la Paz,"

Lector, no sea usted mal pensado —si es usted *alegrito*— ¡y si cauto y ecuánime es y enemigo del escándalo, tampoco se alarme!

La Paz que yo entrecómo arriba, en el título de este *margen*, no es ninguna Paz de botas altas, falda cortísima, acanalada, y ojos y andares zaragateros. No; no es ninguna Paz de esas que suelen dar guerra por estas Españas del pan llevar. Quise referirme, santo y solamente, a esa Paz tan decantada en estos días; tan llevada y traída del uno al otro confín por la tierra, por los aires, por el mar, y de la cual, hace muy poco, también le hablaba desde estas columnas. ¿Estamos ya conformes?

Pues perdoneme usted, lector, de las alegrías y el buen humor, si se ha visto defraudado; porque a buen seguro me hubiese leído con más gusto si fuera a hablarle de una Paz como las esbozadas: alta, llena, buena moza, rubia, etcétera y demás.

¡Pobre palomita blanca bondadosa y sin hiel! Hace días, te *dejé* posada en un alambre telegráfico del camino esperando a que alguien te llamase o te amparase. Así te *dejé* y así he visto continuas. Descansa y vuélvete al Rhin, créeme. Sólo te resta agradecerle al bueno de Wilson sus inmejorables intenciones.

Ya tú ves: ni a él, que es hoy el amo de lo que resta de mundo pacífico, y con crédito, le han escuchado y seguido.

Nada, no; esos señores de Occidente están de malas pulgas. No quieren ser buenos, ni obedientes, sumisos. No se prestan a lo que se había pensado y decidido, o se dejó caer, a ver si asentaba una vez en el suelo.

Tú, palomita gentil, minúscula Walkiria de la paz en forma de paloma —lo que ya, en sí, es algo bíblico y sacrosanto—, no tienes la culpa de nada. Te echaron a volar con tu oliva en el pico y te dijeron: «Ves, se tú la que nos traigas los Reyes de este año».

Y tú qué ibas a hacer? Es lástima, si. Hubiera sido tu éxito el mejor paso dado al emprender esa «vida nueva» que nos prometemos todos en cada cambio de almanaque.

La Humanidad, la parte sana, imparcial o neutra de verdadera Humanidad consciente y paciente, hubiese escrito la fecha en su corazón para que presidiese en todos ellos la serie de fechas felices que en cada uno se guardasen.

Y con que ese resto de humanidad pudiese haber hecho eso, ¿qué contento mayor podría imaginarse ni esperarse ya la en historia del mundo?

La otra parte contraria, la de los pescadores en río revuelto, no pensaría igual; pero allá ellos con sus conciencias y sus *cuentas*, que se saldan en vida. ¡Oh!, si no cabe duda de esto.

Y va siendo un poco triste para unos y otros y todos, ese espectáculo, esa odisea tan desgraciada, tan poco airoso —me atrevere a decir— que está corriendo la emocional proposición.

Claro está; como no ha sido un secreto, ni podía serlo, ha sido el suyo un albur atrevido y peligrosísimo: el de afrontar el comentario gratuito. Y éste, por desgracia, no siempre es piadoso ni emulativo, por noble o sagrado o respetabilísimo que aparezca lo tratado.

Cada cual discute según el medio, la actitud y la impresión recibida. Razona a su medida, y actúa luego como sus predisposiciones, sus intereses o sus simpatías le inspiran.

Eso, inevitable, ha sido el peligro de tal albur.

Cuestión de oportunidad, de gesto y postura, igual que sucede, generalmente, en casa del fotógrafo, y se traduce en la placa.

Así entiendo yo lo ocurrido.

Con todo y cuanto se propale o afirme no hay que desesperar. Háblase mucho sin tino, y no es sensato basar ni fundamentar como resueltas, las situaciones alternativas.

Es muy sabrosa y tentadora esa nueva manzana que, al fin mujer, ha ofrecido esa Walkiria que antes decía.

La reacción la están pidiendo a gritos todos los *nervios*, después de ese organismo, loco y titánico, de ya tres años.

Ya dicen que si Austria y Turquía irían solas a la paz. De Rusia, la inmensa, háblase también. De Francia, del corazón y la entraña de la Francia esquilmada y tumbada, figuraos lo que debería decirse. Y hasta la Albión, esa arca secreta —no quiere decir de Pandora— la fría y hermética Albión, allá en la soledad de sus islas, bajo el velo de sus nieblas y sus no-

ches desoladas, podéis dudar cuánto meditará.

Pero el caso es único y clarísimo. Ahí está el bálsamo que puede, atajando o cortando el mal, aliviar de raíz los dolores, cuando menos. Es la morfina aplicada al doliente, que todos la ansian, la piden... mas pasado el efecto, ¿no es peor? Y tal vez, tal vez se tema esto por parte de los ternos y rehacios, hoy, a gustar del bálsamo aludido.

Dios dirá que acaso sea el único poder posible para tocar el corazón de *nosotros pecadores*.

Se impone ya un Gólgota espiritual de redención, ante el que *alguien* o *algunos* se sacrifiquen.

PILCO MAYO.

LA GUERRA

Los submarinos.

Combate entre un crucero inglés y un submarino.

Oviedo 10 (11 noche).

Los tripulantes del vapor «Mar Báltico», que fondeó en Avilés, cuentan que a poca distancia de la costa francesa fueron detenidos por un submarino, que les pidió la documentación. Poco después vieron que el sumergible trababa combate con un buque de guerra inglés. No pudieron ver el resultado.

Buque detenido.

Koenigswusterhausen 10 (11 noche).

El vapor danés «Twend», que trasportaba madera de Suecia para Inglaterra, fué detenido por un buque de guerra alemán y conducido a un puerto.

Barcos hundidos.

Koenigswusterhausen 10 (11,30 noche).

El vapor «Dannevirke», de 2431 toneladas, que transportaba carbón de Inglaterra a Gibraltar, ha sido hundido por un submarino alemán en la parte occidental del canal de la Mancha, siendo el quinto vapor danés echado a pique desde principios de año.

También comunica el Lloy, que el vapor japonés «Chinte Maru» ha sido hundido.

Se supone que también han sido echados a pique los vapores franceses «Niphonso» y «Conseyl» y el inglés «Lesbland».



En el mar.

Náufragos franceses.

Lisboa 9 (11 noche).

El vapor francés «Camilla» ha desembarcado en este puerto los náufragos del vapor «Ville du Havre», que fué torpedeado en el golfo de Vizcaya.

Han desaparecido dos marineros.

El hundimiento del «San Leandro».

Valencia 9 (9,30 noche).

El cónsul de Alemania ha publicado en los periódicos una nota oficiosa reproduciendo las explicaciones oficiales sobre el hundimiento del vapor «San Leandro», cuyo capitán se negó terminantemente a aceptar el salvoconducto del cónsul de Alemania en Málaga.

Crucero inglés hundido.

Nauen 9 (11,30 noche).

Según el *Baseler Anzeiger*, se hundió el crucero acorazado inglés «Shannon» (toneladas 14.800) a fines del pasado Noviembre, en la costa Sur de Inglaterra, por haber chocado con una mina.

El asunto del «Thyria».

El Ferrol 10 (9,10 tarde).

Reconocido por varios peritos el casco del vapor noruego «Thyria», se ha comprobado que no se hundió por la explosión de las dos bombas que colocaron los tripulantes del submarino «U 46», puesto que sólo causaron un boquete de poca importancia.

Los buzos proceden a reparar la avería para que el barco pueda ser remolcado hasta El Ferrol, donde se harán las reparaciones definitivas.

La nota colectiva.

Los aliados estiman que en este momento es imposible hablar de paz. — Piden la restauración de Bélgica, Serbia y Montenegro; evacuación de los territorios ocupados en Francia, Rusia y Rumania; restitución de las provincias arrancadas en otros tiempos; expulsión de Europa de los otomanos.

París 11 (11,30 noche).

El texto de la nota de los aliados contestando a la de Wilson es el siguiente: «Los gobiernos aliados han recibido la nota que les ha sido remitida el 19 de Diciembre de 1916 en nombre del gobierno de los Estados Unidos.

Dicha nota fué estudiada con toda la detención y minuciosidad que reclaman las circunstancias actuales y teniendo en cuenta la amistad que une a las potencias aliadas con el pueblo americano.

Los gobiernos aliados, después de congratularse en declarar que rinden un homenaje a la elevación de sentimientos en que se inspira la nota americana, hacen constar que se asocian de todo corazón a la idea de crear una Liga internacional que asegure la paz y la justicia en todo el mundo.

Reconocen las ventajas que representaría para la Humanidad y para la civilización el implantar leyes que evitasen los conflictos de violencia entre los pueblos, leyes que llevasen las sanciones necesarias para asegurar su cumplimiento e impedir que una seguridad aparente sirviera tan sólo para facilitar en lo futuro nuevas agresiones.

Pero una discusión sobre acuerdos

en la medida compatible con las exigencias inexorables de su defensa contra las violencias y los engaños del enemigo.

Con gran satisfacción, desde luego, toman nota de que la declaración hecha por el gabinete americano no está en manera alguna asociada en su origen a la de las potencias centrales transmitida el 18 de Diciembre por el gobierno de Norte-América; no sospechando tampoco, ni remotamente, que el acto de ese gabinete signifique el más leve apoyo a los responsables de la guerra; pero creemos nuestro deber protestar de la manera más amistosa y rotunda de la similitud establecida entre ambos grupos beligerantes.

Hay un hecho histórico establecido en la hora presente, y es la voluntad de la agresión de Alemania y de Austria para asegurar su hegemonía sobre Europa y su dominación económica sobre el mundo.

bierno americano y constituye, según propias manifestaciones de éste, una declaración pública de las condiciones en que la guerra podría terminarse.

El presidente Wilson desea también que las potencias beligerantes declaren clara y abiertamente los objetivos que persiguen con esta lucha, y los aliados no tienen inconveniente alguno en contestar a esa pregunta diciendo: que sus fines son bien conocidos, ya que ellos fueron expresados repetidas veces por los distintos jefes de los respectivos gobiernos, y que, aunque no sean especificados, comprenden compensaciones e indemnizaciones por los daños sufridos hasta el momento en que surjan las negociaciones.

El mundo civilizado sabe que esa reparación es de absoluta necesidad, y que en primera línea deben figurar la restauración de Bélgica, de Serbia y de Montenegro, con las compensaciones de justicia; la evacuación de los territorios invadidos en Francia, Rusia y Rumania, también con las reparaciones necesarias; la reorganización de Europa, garantizada con un régimen estable y fundado, tanto en el respeto de las nacionalidades como en el derecho a la seguridad y a la libertad de desarrollo económico que debe poseer todo pueblo, como en convenciones territoriales y en reglamentos internacionales propios para garantizar las fronteras terrestres y marítimas contra ataques injustificados; la restitución de las provincias o territorios arrancados en otros tiempos a los aliados por la fuerza; la liberación de los italianos, de los eslavos, de los rumanos y de los checoslavos de la dominación extranjera; la libertad de aquellas poblaciones que quedaron sometidas a la sangrienta tiranía de los turcos, y la expulsión fuera de Europa del Imperio otomano, el cual es absolutamente extraño a la civilización occidental.

Las intenciones de S. M. el emperador de Rusia respecto a Polonia ya fueron claramente expresadas en la proclama que acaba de dirigir a sus ejércitos. Excusado nos parece decir que los aliados quieren librar a Europa de las ambiciones del militarismo prusiano, aclarando que no persiguen ni pretenden el exterminio del pueblo alemán ni su anulación política, sino asegurar la paz en principios de libertad y de justicia sobre fidelidad inviolable a las obligaciones internacionales, en las que no dejó de inspirarse el gobierno norteamericano.

Unidos para la consecución de tan altos fines, los aliados están decididos, cada uno y solidariamente, a obrar con la mayor energía y a consumir toda clase de sacrificios para llegar a la victoria en este conflicto, del cual están convencidos, depende, no sólo la propia salvación y la exclusiva prosperidad, sino el porvenir de la civilización.

París, 10 de Enero de 1917.

Alemania rebate los cargos que se le han hecho. — Insiste en la sinceridad de sus ofrecimientos. — Explica lo ocurrido en Bélgica y afirma que proseguirá la guerra.

Nauen 12 (1 tarde).

A los representantes de los países neutrales en Berlín les ha sido entregada la nota del gobierno alemán, en la cual éste acusa recibo de la contestación de sus adversarios a la nota del 12 de Diciembre. Como es sabido, Alemania, de acuerdo con sus aliados, había propuesto en dicha nota entablar lo antes posible negociaciones de paz, rechazándose esta proposición, con la afirmación de que ni es sincera ni tiene importancia alguna.

La forma de esta comunicación exclusiva toda nueva contestación; pero el gobierno imperial alemán tiene gran interés en detallar frente a los gobiernos neutrales su criterio sobre la situación.

Las potencias centrales no tienen motivo alguno para discutir la inmensa culpa de la guerra. Su fallo no pasará inadvertido sobre la política inglesa de cerco, la política francesa de revancha, el afán de Rusia por Constantinopla, ni tampoco sobre la investigación de Serbia, el asesinato de Sarajevo y la movilización total de Rusia, que significó la guerra contra Alemania.

Los adversarios califican la oferta de paz de la Cuádruple de una maniobra estratégica. Alemania y sus aliados se ven en la necesidad de protestar enérgicamente contra el hecho de que sus motivos, expuestos abiertamente, sean mistificados de esta manera. Su convencimiento era que es posible una paz justa, aceptable para todos los beligerantes, y que a ésta puede llegarse mediante un cambio de opiniones directas y verbal, por lo cual no pueden encontrarse razonamientos justificados para derramar más sangre.

El estar incondicionalmente dispuesto



La dueña del establecimiento. — ¡Perdone por Dios, hermana, vuelva otro día!

para el porvenir que asegure una paz duradera, no puede tener lugar si primero no queda satisfactoriamente solucionado el conflicto actual.

Los aliados sienten tan profundo deseo como el gobierno de los Estados Unidos de ver terminada lo antes posible esta guerra que tan crueles sufrimientos reportó a la Humanidad, y de la que son responsables los Imperios centrales; pero estiman que, por el momento, es imposible esa paz, ya que ella no aseguraría totalmente las reparaciones, restituciones y garantías a que tienen derecho, por haber sido la responsabilidad de lo ocurrido a las potencias centrales, cuya tendencia fué la de arruinar la seguridad de Europa.

Sólo somos partidarios de una paz que nos permita establecer sobre sólida base el porvenir de las naciones europeas.

Las naciones aliadas tienen el convencimiento de que no combaten por intereses egoístas, sino por la salvaguardia de los pueblos, por la independencia de los mismos, por el Derecho y por la Humanidad.

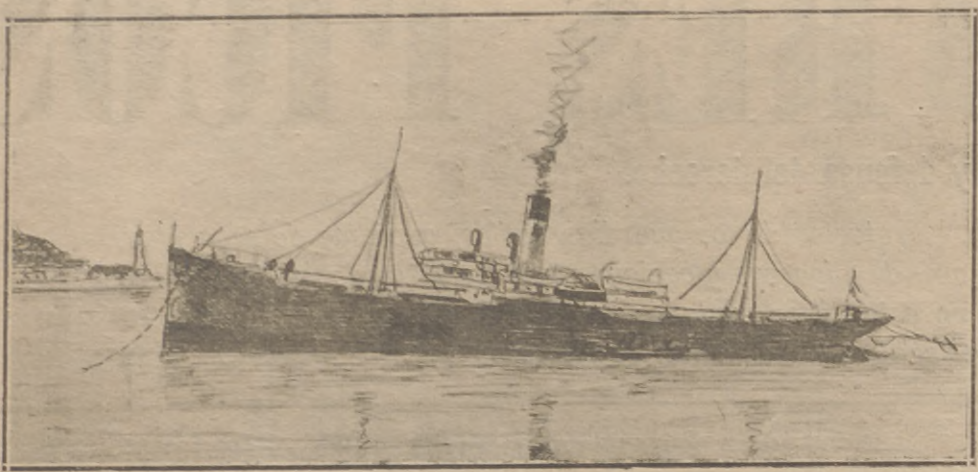
Los aliados se dan plenamente cuenta de las pérdidas y de los sufrimientos que la guerra hace soportar tanto a los neutrales como a los beligerantes, y los lamentan; pero no se consideran responsables de tales desgracias, ya que ni quisieron ni provocaron esta guerra, cuyas consecuencias se esfuerzan en atenuar

Alemania había tramado, tanto con la declaración de guerra como con la violación inmediata de Bélgica y de Luxemburgo y con su manera especial de conducir la guerra, su desprecio a todos los principios de humanidad y su falta total de respeto a los pequeños Estados.

A medida que el conflicto avanzó, la actitud de las potencias centrales y de sus aliados fué un continuo desafío a la Humanidad y a la civilización.

Será preciso recordar los horrores que acompañaron a la invasión de Bélgica y de Serbia, el atroz régimen impuesto a los países invadidos, el exterminio de centenares de millares de armenios inofensivos, los atropellos cometidos contra las poblaciones de Siria, los «raids» de zeppelines sobre ciudades abiertas, la destrucción por submarinos de veleros y navíos mercantes, incluso de pabellones neutrales; los crueles tratos dados a los prisioneros de guerra; las condenas de miss Cawell y del capitán Friat, las deportaciones y la reducción a la esclavitud de poblaciones civiles, etcétera, etcétera.

La ejecución de semejantes crímenes, perpetrados sin ningún miedo a la reprobación universal, explicarán ampliamente al presidente Wilson la protesta de los aliados, quienes estiman que la nota remitida a los Estados Unidos en contestación a la nota alemana responde a la cuestión presentada por el go-



NOTAS DE ACTUALIDAD

El vapor «San Leandro» recientemente torpedeado, fondeado en Málaga.
Dibujo de Pilco Mayo.

a dar a conocer sus proposiciones de paz al entablarse las negociaciones, contradice toda duda sobre la sinceridad de las potencias centrales. Los adversarios, en cuya mano estaba el examen el ofrecimiento con respecto a su valor, no han intentado este examen ni hecho contraproposiciones, declarando en su lugar que era imposible una paz mientras que no se garantizase la reconstitución de derechos y libertades violadas, el reconocimiento del principio de las nacionalidades y la libre existencia de los pequeños Estados.

La sinceridad de que el adversario niega a la proposición hecha a la Cuádruple no la concederá el mundo a las exigencias arriba citadas, teniendo a la vista la suerte del pueblo irlandés, la destrucción de la libertad e independencia de las Repúblicas de los boers, la sumisión de África del Norte por Inglaterra, Francia e Italia; la opresión de los pueblos extraños de Rusia y, finalmente, la violación de Grecia, sin igual en la Historia. Tampoco tienen los aliados el derecho de quejarse de las supuestas violaciones del derecho de gentes por parte de la Cuádruple, pues aquéllos han pisoteado desde el principio de la guerra el derecho y los Convenios que forman su base.

Ya en las primeras semanas de la guerra Inglaterra se separó de la declaración de Londres, cuyo contenido había sido reconocido como valedero por sus propios delegados; en el transcurso de la guerra, además, gravísimamente, de la declaración de París; de suerte que, a causa de sus medidas arbitrarias, se creó en el mar un estado ilegal para los beligerantes.

La guerra por hambre contra Alemania y la presión ejercida en interés de Inglaterra sobre los neutrales está en abierta pugna contra el derecho de gentes no menos que con las leyes humanitarias. Igualmente contra el derecho de gentes e irreconciliable con los fundamentos de la civilización es el empleo de tropas de color en Europa y el llevar la guerra a África.

Que violando Convenios firmados, mina el respeto a la raza blanca en esta parte del globo. El trato inhumano a los prisioneros, ante todo en África y en Rusia, así como el traslado forzado de la población civil en las partes invadidas de la Prusia oriental, Galitzia y Bukovina, demuestran cómo se cife a la ley el adversario.

Al final de su nota del 30 de Diciembre se refieren los adversarios a Bélgica, diciendo que el gobierno belga siempre había respetado y cumplido sus deberes de neutralidad. Ya antes de estallar la guerra se dirigió Bélgica a Inglaterra para que esta nación influyera militarmente. Para librar a Bélgica de los horrores de la guerra y para adelantarse a los propósitos conocidos de sus enemigos, Alemania pidió a Bélgica el libre paso de sus tropas, mostrándose dispuesta a garantizar, en caso afirmativo, la independencia integral del reino y a indemnizar todo daño que pudiera resultar del paso de las tropas alemanas.

Es sabido que el gobierno británico, en 1887, estaba decidido a no oponerse, en las condiciones citadas, al derecho del paso libre por Bélgica. El gobierno belga rechazó repetidas veces el ofrecimiento alemán. Sobre aquél y aquellas potencias que la indujeron a actuar así recaen la responsabilidad de la suerte corrida por Bélgica.

Repetidas veces rechazó el gobierno alemán, comprobando su inexactitud, las acusaciones con respecto a la guerra hechas por Alemania en Bélgica y a las medidas tomadas aquí en interés militar. Alemania y sus aliados trataron honradamente de terminar la guerra y entablar una inteligencia entre los beligerantes, y el gobierno alemán hace constar que dependió únicamente de la decisión del adversario el entrar o no en el camino de la paz. Pero los gobiernos adversarios rechazaron este camino, y por ello recaen sobre ellos la responsabilidad de la continuación de la matanza.

Las potencias de la cuádruple seguirán la guerra con tranquila confianza y fe en su buen derecho hasta haber alcanzado una paz honrosa para sus propios pueblos que garantice la libertad de su desenvolvimiento y que traiga para todos los Estados europeos el bien de cooperar en estimación recíproca e igualdad de derechos en la solución de los grandes problemas de la cultura.

Un acorazado italiano hundido.—Más de seiscientos ahogados.

Roma, 12 (11 noche).

Parte oficial:

«En la noche del 11 de Diciembre de 1916 el acorazado italiano «Regina Margherita», cruzando el mar Adriático, chocó con dos minas, hundiéndose rápidamente. El siniestro ocurrió en pocos mi-

nutos y el acorazado se hundió por la proa.

De los 945 hombres que componían su tripulación, sólo se salvaron 270, siendo los demás arrastrados al fondo del mar con el destruido buque.

Circunstancias desfavorables dificultaron las operaciones de salvamento.

El comandante del acorazado y 14 oficiales figuran entre los desaparecidos.»

LA JUSTICIA

Es lo más fácil de sostener en todo país civilizado.

Sin caciquismo.

En España, por desgracia, es lo más difícil.

¡Habrá caciques!

No nos extraña, pues, que los edificios destinados a la Administración de justicia amenacen peligro...

Ayer se quemaron las Salesas; hoy se está hundiendo el edificio en que se instaló la Audiencia de Madrid.

Parece que protestan los muros del baboseo caciquil enmarañado de las rectas hebras declaratorias, torcedor de los sanos juicios testificales, forjador de mundos acomodaticios en los cerebros de incultos jurados.

He aquí lo que leemos, lector, en este instante:

«LA AUDIENCIA EN PELIGRO

Jurados que protestan.—Una solicitud al presidente.

«Es imposible que continúe el actual estado de cosas. Hasta ahora no sabemos que se haya dado una explicación que convenza por quien deba darla, en el sentido de que se pondrá término urgentemente a una situación lamentable.

«La justicia ejerce sus funciones entre temores y recelos, por lo que se refiere a la seguridad de los que en su nombre la administran.

«Ayer tarde ocurrió algo que merece recogerse.

Iba a celebrarse en la Sección tercera una causa por el delito de infanticidio. Los jurados se negaban a desempeñar su función. «Nosotros tenemos la obligación de cooperar a los fines de la Administración de justicia —decían—; pero con tranquilidad, con la seguridad de que nuestras vidas no corren peligro alguno.»

«Después de muchos cambios de impresiones entre ellos, se impuso la discreción.

«Acordaron los jurados que estaban citados redactar una instancia protestando respetuosamente de que tuvieran que desempeñar su cargo en un edificio del que se dice se halla en estado de ruina.

«Formulada la protesta, la suscribieron los jueces populares y la entregaron al presidente de la Audiencia provincial, Sr. González Ruiz, quien les ofreció curarla.

«Y después empezó el juicio que estaba señalado, ya después de las tres de la tarde, cuando se pensaba que tendría que suspenderse por la actitud de los jurados.»

¡Pobres magistrados, tristes jueces, sacrificados agentes de la policía judicial!

Ellos, vosotros, son, sois, la garantía de la ley, la pureza del Código, el freno del error, y, sin embargo, de vuestros labios no sale queja, de vuestro cerebro no surge temor; de vuestro pecho no nace miedo.

Los jurados palidecen ante un rasgo de fealdad del equilibrio del artístico espacio en que la ley los cobija para coadyuvar a los gloriosos fines de justicia.

¡Temer morir aplastados, sucumbir entre escombros!...

Es de humanos.

Pero, ¿no es de tomar apunte de soberbio cuadro moral, de grandeza psíquica, de concepto digno, de altruista modal-

mo... la impavidez de los magistrados, la indiferencia de los jueces, el estoico quietismo de los guardias civiles ante ese peligro que les alcanza?...

Si se hunde la Audiencia les cogerá debajo a todos los que por obligación han de hallarse allí.

Sin embargo, los celosos defensores del derecho, amparadores de lo legal, sin trampa ni cartón, parecen espartanos, son legítimos descendientes de Numancia.

Por salvar papeles se dejan arrebatar la vida en el incendio; por hacer justicia permanecen serenos en un edificio que amenaza ruina.

¡Y el calvario que atraviesan las parejas en el accidentado monte, el cenagoso marismefío coto, en la quebrada sierra... para perseguir al criminal, para descubrir el delito!...

¡Sin una queja, sin temor, sin duda!...

¡Oh España! ¡Oh noble España! ¡Oh patria mía! ¡Cuán grande eres en tus elementos de justicia, y cuán ruin te tienen en universal criterio las telas de araña del cacique!

¡Hay que destruir á éste a escobazos!

LIBROS

III

Comienzo este trabajo en el capítulo IV de la Cartilla, referente a documentos de seguridad, y me detengo en su artículo 104, que yo redactaría en la forma siguiente:

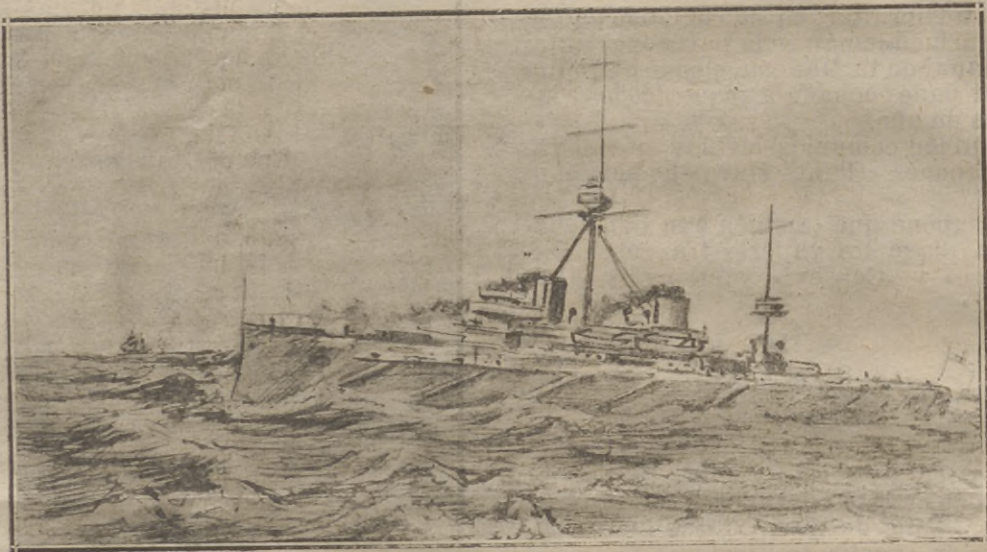
«Dentro de las poblaciones no deberá recorrer las posadas o fondas, molestando a los viajeros, a no ser que tenga orden para indagar el paradero de alguna persona, o que sepa se ha presentado en ellas algún individuo reclamado por la justicia, pues en estos puntos es la policía quien ordinariamente debe prestar dicho servicio.»

Suprimiría, como se ve, aquello de «no debe ocuparse en exigirlos», teniendo en cuenta el servicio que presta la fuerza del Cuerpo en algunas poblaciones y la nubecilla que representa para los que, en otras y con plausible celo, interrogan a transeuntes y desconocidos para indagar sus ocupaciones, procedencia, etc.

En su consecuencia, haría desaparecer la llamada del artículo que comento y las de los números 105 y 106.

En el primero de éstos, bastaría para ello sustituir la denominación de jefe económico por la de delegado de Hacienda, y en el segundo, añadir una línea a su texto.

Como aclaración al 109, que se compone de cuatro renglones escasos, cítanse



Acorazado «Cornwallis» echado a pique el martes 9, por un submarino, en el Mediterráneo.

Dibujo de nuestro redactor artístico Pilco Mayo.

nada menos que 14 artículos correspondientes a la Constitución de la Monarquía, ley de Enjuiciamiento criminal y Código penal ordinario.

Al consignarlo así, no es que los reputé de innecesarios, pues todos se hallan íntimamente ligados y su conocimiento es indispensable a los funcionarios de policía judicial; pero mi arraigado criterio, fruto de larga y detenida observación, me aconseja tenazmente la conveniencia de simplificar en lo posible. La experiencia —como dice en su lugar el reglamento que nos ocupa— tiene demostrado que el 95 por 100 de los individuos, cuando estudian artículo con llamada, se limitan escasamente a leer ésta y no a consultar los textos que en ella se citan.

A los mismos comandantes de puesto, inmediatos profesores del guardia, se le darían mayores facilidades con este procedimiento. Yo invito a quienes puedan experimentarlo a que pasen minuciosa academia en la mayoría de los puestos, valiéndose para ello de un libro pletórico de notas, en la firme creencia de que, en la primera semana, tendré un partidario acérrimo.

Sobre esta base, yo aplicaría el artículo 109, y, en lugares apropiados, distribuiría la esencia de los 14 artículos que se citan en la nota de referencia. Su eficacia no se haría esperar.

ITURRI.

Entre nuestros redactores artísticos, figuran Trifinus, Pilco Mayo y Martínez Rivera.

AMARGURAS

Para los oficiales de la Escala de Reserva de la Guardia civil.

II

Y decía el señor ministro de la Gobernación, al contestar al señor Arzobispo de Tarragona, respecto a las gratificaciones de 500 pesetas para equipo y montura a los sargentos de la Guardia civil ascendidos a oficiales:

«Todo lo que sea recompensas a la Guardia civil me parece poco, me parece escaso. Es un Cuerpo que hemos convenido en llamar benemérito, y lo es en realidad, porque presta un gran servicio a la Nación, a la causa del orden y a la causa de la propiedad.»

Comentarios que se os ocurrirán acualquiera de vosotros; es claro y evidente que el señor Ministro alaba, como debe, a la Guardia civil; que todos los políticos reconocen que somos honrados, beneméritos, exactísimos cumplidores de nuestros deberes, etc., etc., pero las 500 del ala no parecen.

Más comida y menos manteles, como dicen en mi tierra, ¿verdad?

Porque yo creo que vosotros preferiríais que os alabaran algo menos, y os pagaran algo más; por aquello de que con buenas palabricas no se nutre nadie, a no ser que vosotros sepáis de alguno que se alimente de esperanzas.

Mal vegetal debe ser éste ¿eh?

Total: que tanto el señor Arzobispo de Tarragona, como el señor General Ochoa, han salido a la defensa de vosotros; que el señor Ministro ha contestado muy satisfactoriamente; que hay promesas, esperanzas, reconocimiento de méritos y servicios... ¡pero que seguís sin cobrar vuestras 500 pesetas!

¿Por qué en vez de guardias civiles no sois empleados del Congreso?

Veríais entonces cómo no solamente no os tenían sin cobrar esa cantidad, que tantísima falta os estará haciendo, sino que hasta alguna que otra vez os darían alguna paga de propina.

Y allá va la demostración, que yo no acostumbro a hablar a humo de pajas.

¿Sabéis por qué ha presentado la dimisión de su cargo el Sr. Villanueva, presidente del Congreso?

Pues por la insignificancia siguiente:

Desde hace no sé cuanto tiempo todos los empleados de aquel templo de las leyes vienen disfrutando de ciertas gratificaciones y una paga de Navidad. El Sr. Villanueva, se comprende que inspirándose en las economías que hasta ahora únicamente se están haciendo en el Ejército, quiso aplicar algunas al presupuesto de la Cámara y el dictamen de gastos, se suprimían esas gratificaciones y esas pagas de Navidad.

Muy bien suprimidas, ¿verdad? Claro es que no me refiero a esos modestos funcionarios que de pronto, se ven privados de esos beneficios que, aunque abusivos a

Se consignan 17.000 para gastos de una secretaría particular, que antes era servida muy cumplidamente por el Negociado de gobierno interior.

El gasto medio de material de escritorio se eleva a la formidable cifra de 8.000 pesetas mensuales.

Hay diputados que piden de una sola vez 10.000 sobres para llevarse a sus casas.

¿Y vuestras 500 pesetas?

¿Os parece bien que no hagamos comentarios?

SALICIO DA RÚA.

LA EDUCACIÓN FÍSICA EN ESPAÑA

Al Excmo. Sr. Duque de las Torres, Marqués de Villamejor, etc., etc., Presidente del Comité Olímpico Internacional de España.

V

Todos los ejercicios comprendidos con la denominación de *juegos físicos* tienen por norma el *instinto*. El hombre posee instintivamente la facultad de andar y de lanzar piedras u otros objetos, y así hace uso de ellos para divertirse creando el mono y el chalo, la pelota en frontón y en trinquete, el balompié y otros muchos.

En España, y aunque los juegos físicos son hijos del instinto, este permaneció oculto durante siglos, y ha sido necesario que la moda importara del extranjero el único que ahora empieza a estar en boga; el balompié. ¿Se desarrollará en grandes proporciones esta hermosa afición? Lo dudo: ¡es tan grande nuestra repugnancia a la higiene del trabajo corporal!

He dicho que la moda y no la higiene del ejercicio trajo el balompié y no he dicho tal cosa a humo de pajas.

Los juegos al aire libre son buenos, eminentemente buenos, pero no *hacen hombres*. De todas suertes y aunque hombres no se *hagan* jugando al balompié, ya me daría yo con un canto en los dientes si esta moda cuajara y despertare nuestro instinto aletargado. Sería un paso de gigante hacia la regeneración física española, porque inmediatamente vendría la afición a la gimnasia clásica, única y sola fuente creadora de un pueblo viril, que buena falta nos hace.

Los juegos al aire libre generalizan el trabajo muscular. Todos los del hombre, más de 500, entran en función cuando se trata de restar una pelota difícil en la cancha, pero esta acción muscular, por lo mismo que es general, reparte el esfuerzo entre aquellos quinientos músculos, por cuya causa el trabajo que fué grande se ha dividido entre un considerable número de individuos, tocando a poco cada uno de ellos.

Los juegos por su carácter de instintivos dividen siempre el trabajo entre todos los músculos: he ahí la causa por virtud de la cual los juegos no hacen gimnastas.

En el gimnasio se concentra el ejercicio sobre la región que conviene, brazos, piernas, abdomen, etc., y tratando aisladamente cada grupo muscular se forma el atleta.

Lo higiénico del ejercicio es el trabajo y no el esfuerzo. Aumentando el trabajo se aumentan las funciones vitales: la respiración, la circulación, la digestión.

Si los juegos no están sometidos a reglas sistemáticas, no producen su efecto sobre tal o cual región muscular, aunque los resultados generales sean siempre intensos.

Eligiendo racionalmente los ejercicios que localizan los efectos del trabajo o los que lo generalizan según sea el estado del individuo, se obtendrán resultados maravillosos en su salud y energía física.

Los ejercicios que generalizan o localizan el trabajo pueden a veces producir el mismo resultado en sujetos de índole y naturaleza particular.

Cada uno de estos trabajos tiene sus indicaciones y contra indicaciones.

En la gimnasia sistemática existe una variedad considerable de ejercicios que suplen a los juegos, por lo que se refiere a los efectos generales: tales son los de gimnasia artística en aparatos como la barra fija, los trapecios volantes, acrobacias y saltos mortales en tierra o en cualquiera de aquellos útiles. Estos ejercicios requieren ya un gran desarrollo muscular y un no menor adiestramiento; pero si el alumno no se halla en este estado fisiológico, tiene a su alcance el pugilato, la carrera y otros, que los gimnastas se han asimilado de los juegos.

Para formarnos una idea clara y precisa de los efectos fisiológicos del juego, fijémonos atentamente en uno cualquiera de ellos: el de pelota a cesta.

Si comparamos la impresión que nos produce ver a un hércules elevando pesos de ciento cincuenta kilogramos, y a un pelotari devolviendo la pelota con su cesta, aparece enseguida la superioridad de trabajo físico de aquél sobre éste. Pero la realidad no es como se la pintan nuestros sentidos. El trabajo del pelotari lo creemos insignificante, teniendo presente que sólo tiene que habérselas con un peso (el de la pelota) que nunca pasará de doscientos cincuenta gramos; mas si nos intercalamos en el partido, tomamos la cesta o la pala y restamos un corto número de pelotas, bien pronto veremos aumentada nuestra respiración, la sangre circula rápidamente por los sistemas arterial y venoso a impulso de vigorosos sístole y diástole del corazón, sudor copioso baña todo nuestro cuerpo, y una sensación de cansancio se apodera del individuo. ¿Qué ha sucedido,

pues? ¿No creímos cosa de tan poco trabajo el acto de manejar un proyectil tan minúsculo, comparado con la pesa de trece arrobas?

Analicemos detalladamente el ejercicio del pelotari, y bien pronto la sorpresa habrá desaparecido.

El hércules de nuestra historia maneja un peso grande, pero lo desplaza en un camino corto que recorre en un espacio de tiempo de muy poca duración.

El pelotari maneja un peso insignificante, pero tiene que lanzarlo a gran distancia y con gran velocidad.

El arte de los jugadores estriba en tirar la pelota, unas veces rasa, otras a gran altura, en ocasiones de rebote sobre el rincón del frontón. Inclinando más o menos la cesta, empleando el revés o la bolea; el bote pronto o el bote largo, aquella llega a la pared dotada al mismo tiempo que el de traslación, de un vivo movimiento de rotación sobre sí misma que determina un cambio rápido y desconocido en la dirección de retorno.

¿No adivináis ya el trabajo colosal del jugador? Este se ve precisado a no permanecer un solo momento en reposo. Todos sus músculos se hallan alerta en una media contracción constante, para lanzar rápido el cuerpo hacia uno u otro costado, hacia adelante o hacia atrás. Es necesario recoger la pelota en un instante de mecánica, pasado el cual se perdió el tanto. El cuerpo, retorciéndose sobre la columna vertebral a la derecha o a la izquierda, devuelve el proyectil de frente o de revés, de bolea o de revés. Los pies, fuertemente afianzados contra el suelo, parece que lo agarran con sus dedos como si fuesen tenazas, sirviendo de soporte a las piernas y resto del tronco, que se lanza lleno de coraje sobre la pelota, depositando en ella toda la fuerza viva de muchos kilómetros.

Este trabajo se ha generalizado a todas y cada una de las partes del cuerpo humano. Un novicio que se entregue con ardor por primera vez a este ejercicio u otro similar, se hallará al día siguiente lleno de agujetas; apenas si encontrará una sola región de su cuerpo que no esté dolorida: ahí tenéis demostrada la generalización del trabajo.

Otra demostración clara y concluyente la encontramos en la dificultad que para estos ejercicios presenta una lesión cualquiera en órganos que en apariencia no toman parte en un juego. Los aficionados al balompié tienen que privarse de su favorita distracción si tienen enfermo un brazo, el cuello, la espalda u otra parte cualquiera que no sea piernas o pie.

El resultado característico de los juegos se halla, pues, en la generalización del trabajo. Todos los músculos entran en acción, pero ninguno desarrolla un grande esfuerzo. De aquí que los jugadores, por el solo hecho de serlo, no tengan desarrollo muscular voluminoso ni muy marcado.

Con los juegos, lo mismo que con la gimnasia, pueden tratarse algunas enfermedades (gimnasia media). El de pelota en frontón, ya sea jugado a mano, con cesta o con pala, dentro de sus efectos generales, produce un resultado sumamente beneficioso para los músculos que forman el cinturón abdominal, esto es, rectos del abdomen, oblicuos, transversos y algunos otros próximos que facilitan el movimiento de las caderas. En el trabajo enérgico, esta región muscular, se facilita la función de los intestinos contribuyendo o estimulando sus movimientos peristálticos.

EL BARÓN DEL CHARRASCO.

Dos mártires de la independencia de Polonia.

I

El cielo llovía nieve sobre Varsovia en triste noche. Parecía tejer un sudario para cubrir aquel cadáver. Todo lo que reina en el sepulcro reinaba allí: frío, silencio, soledad. Por sus calles abandonadas pasaban de vez en cuando caballos en pequeños caballos tártaros, como aves de rapaña que se lanzaran sobre aquella huesa. Y, sin embargo, en medio de tanta desolación brillaba una esperanza de vida, una aspiración de amor, una de esas flores que entre las junturas de los sepulcros brotan. Velase en espaciosos salones una joven que se probaba blanca co-



rona de azahar. Era la corona de desposada que tenía apercibida para la noche siguiente, noche de sus bodas. Apenas contaba veinte años. Largos rizos rubios caían, como rayos de luz, sobre sus espaldas. Brillaban como un cielo sereno sus azules ojos, teñidos de melancólica felicidad. Al través de su tez velase circular la sangre. Era tan apuesta, tan

alta y tan elegante, que bien podía parecer, por lo ancho de su frente, por lo esférico de su cabeza, por el profundo azul de sus ojos, por su nariz aguilena, sus pronunciados labios, su erguido cuello y su majestuoso continente, la estatua que representaba el genio de su patria, que representaba a Polonia. Yo tengo para mí que esos pueblos esclavos, desolados, suelen dar en el tormento hermosas hijas al mundo, nacidas de las más sublimes inspiraciones, de las inspiraciones del dolor. ¿No os acordáis de aquellas hermosísimas hijas de Israel que tañían sus arpas bajo los sauces de Babilonia, que confundían sus lágrimas con las aguas del extranjero río y que desarmaban con su hermosura a los perseguidores de su pueblo?

II

La joven dejó su corona de azahar, después de haberse cerciorado al espejo de que la sentaba bien, y corrió a una ventana como para mirar si alguno que esperaba venía ya. En aquel instante vio pasar envuelto entre las ráfagas del viento, entre los remolinos de la nieve, un pelotón de cosacos que juraban y maldecían de Polonia.

Retiróse la joven horrorizada y, maquinalmente, se sentó al piano. Dejó caer desesperada la cabeza sobre el pecho, y recorrió con sus dedos las teclas. El instrumento produjo una melodía profundamente triste, una de esas melodías que son el llo de toda una generación, la elegía del alma de todo un pueblo. Inmediatamente apareció en la puerta un anciano encorvado y vacilante, que pronunció con horror estas palabras:

—¿Qué haces? ¿No sabes que esa melodía, ese cántico de nuestros padres, puede costarnos la vida?

—Es verdad, abuelo; es verdad, repuso la joven, no tenemos patria.

—Yo creo que sí, dijo el anciano; yo creo que este pueblo, apedreado ayer como San Esteban, podrido hoy como Lázaro, aún tiene esperanza.

—¿Dónde está?

—En Dios, dijo el anciano.

—¿Y cuándo nos oírás Dios?

—Cuando le hayamos desarmado con el armario.

—¿Aún más mártires!, exclamó la joven con acento desgarrador.

Dos gruesas lágrimas, dos lágrimas se extendieron por su rostro como dos arroyos de dolores. El anciano bajó la voz y dijo:

—Aún tenemos esperanzas si pensamos solo en guerras. ¿Qué amor es posible cuando abrazas un cadáver? ¿Para qué engendrar cuando engendras un esclavo? ¡Maldito el corazón que a su amor egoísta sacrifica el amor a la Patria! ¡Maldito el seno que engendra hijos para que los devore el tirano! ¡Te probabas tu velo de desposada! ¡Infeliz! Las hijas de Polonia han nacido en un sudario. Su cuna es un sepulcro. ¿Qué será su lecho nupcial?, y desapareció el anciano.

III

Después de oír estas palabras quedóse María como muda y pasmada. Sin embargo, a los pocos minutos se recobró un tanto y se dirigió a un cuadro de la Virgen que en el testero del salón brillaba.

—¡Madre mía, dijo doblando las rodillas; madre mía, ¡dime! El navegante, cuando las nubes borran las estrellas, cuando el viento levanta las olas, cuando el huracán ruga, te invoca y te oyes, y el cielo vuelve a lucir sus estrellas, y el mar se duerme como un niño, y las velas se convierten en brisa, y las velas se rizan como las alas de un ave y el barco llega al puerto. ¿Por qué, por qué no has de socorrer a un pueblo que se ahoga en un mar de sangre? ¡Nuestras casas son panteones, nuestros lechos sepulcros, los altares de tus iglesias pesados de los caballos tártaros, tus hijos, de su furor despojos. Este pueblo se hunde, se sumerge en un mar de hiel, y cuando le falta la voz, levanta a ti, en demanda de auxilio, sus manos cárdenas y ensangrentadas. Ya hemos sufrido la crucifixión. Ya hemos dormido largamente el sueño de la muerte, al pie de nuestro Calvario. ¿No ha de llegar la hora de la resurrección para este Cristo de los pueblos?

IV

La oración fué interrumpida por la presencia de un joven que, a pesar de traer su gorra de pieles y su capotón cubierto de nieve, sudaba. María se levantó y corrió a su encuentro. Es imposible que pudiera haber en toda Polonia pareja más hermosa.

Los dos jóvenes, los dos rubios, los dos altos, los dos de azules ojos, de blanca tez, los dos parecidos, con la diferencia de que él tenía toda la fuerza, toda la austera hermosura del varón, y ella toda la gracia, toda la delicadeza, toda la hermosura de la que llama Goethe el ideal femenino. Juntáronse sus manos, sus ojos, su aliento, sus almas. Reinó por algunos instantes ese silencio infinito que ninguna frase humana podrá expresar; ese silencio religioso que ha sido siempre la sublime elocuencia del amor. Si aquel éxtasis se hubiera prolongado en toda la dilatación de los tiempos, sería la bienaventuranza celeste. Esa electricidad de dos miradas que se juntan en un deseo; ese choque de dos almas que se confunden en una idea; esa armonía de dos corazones que laten unísonos; ese aroma de dos suspiros que se compenetraban; esa unión de dos vidas indisolublemente ligadas, como el alma y el cuerpo, como el ojo y la retina, como el pecho y la respiración, ¡ah!, eso es el amor. ¿Por qué no decirlo? El amor es siempre egoísta, siempre; es el egoísmo sublime de la juventud; la concentración de la vida en sí misma, como para tomar fuerza y dilatarse y extenderse



en nuevos seres. Como dijo el más sublime de los poetas modernos, el amor es el egoísmo de dos. Para él no hay, en sus instantes de arrobamiento, ni patria ni humanidad, no hay más que el mismo; toda la tierra es el espacio que el ser amado habita, y toda la humanidad está en el ser amado compendiada. Y he aquí por qué María lo olvidó todo aquel momento; las palabras del anciano, la tristeza de su corazón, la patria desolada, los aullidos de los cosacos, su oración, sus lágrimas; no veía la tierra desde el cielo de su amor, compendiado en los azules ojos de su amante, donde se había reconcentrado toda su alma.

V

¡Cuán felices eran aquellos momentos! El joven acariciaba la idea de su boda como el logro de todos sus deseos, como el término de una ambición que había llenado toda su vida. Amó a aquella mujer desde niño, desde que los primeros sentimientos brotaban en su alma. Mil obstáculos insuperables, mil contrariedades le habían combatido. Su amor inmenso le llamaba a María y el destino le apartaba de María.

Por fin, después de luchar y reluchar, después de consumir años enteros en una desesperación inmensa, se encontraba en la víspera de su boda. Contaba con impaciencia los minutos que faltaban para sellar con un juramento eterno la alianza de dos corazones nacidos el uno para el otro, dignos de confundirse en una sola vida. La aspiración de su ser a los veintidós años, cuando toda la imaginación es color, toda la inteligencia luz, todo el sentimiento pasión, todas las ambiciones amor, era, ¡oh!, era unirse con la mujer de sus ensueños.

No mira el satélite al planeta, el planeta al sol, el ruiseñor su nido, el arroyo al cielo ni el cielo a Dios, como aquel amante miraba a su amada.

No sabría yo, pobre narrador de esta historia, no sabría decir cuanto le decía, repetir sus palabras entrecortadas. Aún no ha nacido pintor que haya retratado el fondo de unos ojos enamorados; aún no ha nacido músico que haya transcrito la nota de un suspiro de amor. ¿Dónde está el escritor capaz de repetir las palabras escapadas de un pecho enamorado? Más fácil es repetir el rumor inmenso que levantan a las alturas las olas del Océano. El corazón henchido de amor es el Universo. De amor, de esperanza, de felicidad, estaba henchido el corazón del joven Ladislao. Los dos, los dos habían olvidado el mundo. ¿Qué valía para ellos la patria cuando el ímán de su amor les alzaba al cielo?

VI

Aquel arrobamiento es interrumpido, sin embargo, por el anciano, que entra y exclama: ¡Amar, amar cuando Polonia está en tierra cubierta de ceniza y de sangre; amar es un crimen!

¿No oís las hienas que machacan entre sus dientes los últimos restos del cadáver? ¡Y sois felices! Mirad, mirad —y se descubría el pecho— una, dos, tres, cuatro, seis cicatrices. Por ahí he vertido la sangre de mis venas; por ahí han saltado



pedazos de mi corazón. He encanecido en Siberia. Me he encorvado bajo el peso de mis cadenas. Ya no tengo fuerzas para vivir y aún tengo fuerzas para aborrecer. Polonia puede levantarse. Si hoy es el ludibrio del mundo, mañana será el ángel exterminador de los tiranos. La diáspora, ve a morir por Polonia. María, envíale a la muerte. Nuestro primer beso de amor será maldonado, porque podrá dar de sí el alma de un esclavo. Si mañana Varsovia no se levanta de nuevo a pelear, pasado mañana ireis atados como con codo a Siberia. Que vuestro pecho sea todo odio; que vuestros brazos sean lanzas; que vuestro aliento sea fuego; porque yo, anciano, yo, que he caído cien veces en los campos de batalla, voy a morir, por fin, sobre el seno de la patria esclava. —Y el anciano quiso engañarse y echar a correr como un joven; pero sus piernas flaquearon, y cayó de rodillas

ante el cuadro de la Virgen. En tal sazón, oyóse una gritería confusa de ¡Viva Polonia! y el ruido de una descarga cerrada.

VII

El joven Ladislao levantó al anciano, señaló al cielo y estrechó contra su corazón a María.

—¿Te vas? —preguntó la joven.

—Me voy, María; me llama la Patria.

—Es el ruido del viento —, dijo María.

—No; es el ruido del combate —, le replicó Ladislao.

—¿Por piedad! ¿Y nuestro amor?

—¿Nuestro amor? Pues qué, nuestro amor ¿no había de durar sino lo que dure la vida?

—¿Mañana! —dijo María—. ¡Mañana!

—El corazón me dice que mañana se irá.

En esto se oyó una descarga más cerca.

—¿Ladislao! —exclamó María—. ¡Por Dios!

La joven no se atrevía a decirle que no partiera; pero le añadió, para engañarse a sí misma:

—¿Ladislao, es el viento!

—No, —dijo el joven—, es el alma de la Patria.

—Adiós, mañana, de todos modos, exclamó María, será nuestra boda.

El joven se lanzó a la calle, y María fué a caer al lado de su abuelo, ante la imagen de la Virgen.

VIII

Un día entero de combate. La sangre ha corrido durante largas horas. Los hijos de Polonia han peleado de nuevo. Todos los hombres se han lanzado al combate; todas las mujeres, a los altares. María reza y llora. Del fondo del abismo de su desesperación sólo se levanta una plegaria. Sucede una nueva noche. El ruido del combate ha cesado. El éxito no es dudoso. Polonia lucha sabiendo que cae. Un silencio inmenso reina sobre la ciudad. Aquella debía ser la noche de la boda de María. Su corona de azahar está allí; el velo está allí; pero su amante no está. María le aguarda, y no viene. María le llama, y no responde. La joven desvaría: —¿Dónde ha sido el combate? Fuera de sí, loca, se cife la corona, se prende el velo y se apercibe a irse.

—¿Dónde estará Ladislao? —pregunta a su abuelo, que yace expirante al pie de la Virgen, expirante de dolor y de fatiga.

—Felices los que mueren en el Señor —, contesta el anciano.

María lo comprende. La noche es oscura. La nieve cae. La joven, vestida de blanco, envuelta en el velo, sola entre el torbellino del viento, parece la estatua de



un sepulcro que anda o el alma de una Virgen que vuelve del cielo. Sus sienes laten y late su corazón, como si se dirigiese a su tálamo nupcial. Va a las afueras de Varsovia, al lugar del combate. Registra con sus manos anhelosas los montones de los muertos. Las sombras son tan espesas que no pueden distinguirse los rostros. En esto oye un gemido, que es el último de una vida que se apaga.

—¡Es él! —grita—, ¡es él!

Un rayo de luna rompe las nubes. María reconoce el rostro de Ladislao, lívido, teñido por las sombras de la muerte. Pone la mano sobre su corazón, no late. Pone el oído sobre su pecho, no respira.

—¡Has muerto —dice— sin lanzar un ay! En esta noche debías recibir mi primer beso de amor.

Y clavó sus labios ardientes sobre los fríos labios del cadáver. Sorbió en su beso la muerte.

Al día siguiente llevaban en carros al cementerio los cadáveres de los insurrectos y entre ellos el cadáver de una joven hermosísima envuelta en su velo de desposada. ¿Sabrían los sepultureros el secreto de aquella muerte? No lo sé; ignoro, pues, si los dos cadáveres se juntaron en una misma huesa.

E. C.

(Dibujos de nuestro redactor artístico D. Ezequiel González Trifunus).

Para EL SOMBRERO DE TRES PICOS

Labor omnia vincit.

POLAINAS Y GUANTES

El trabajo todo lo vence; y como el semanario cuyo nombre encabeza estas líneas llegó al estadio de la prensa con vivos deseos de laborar y vencer, he ahí la causa de lo útil y agradable que puede conseguir con su trabajo constante y voluntarioso.

Útil y agradable sería desde luego, a

cuenta del Estado, el establecimiento de la polaina de cuero y guante de color abellana o gris para todos los actos de servicio.

Los defectos de la polaina en general son muy conocidos de las personas que se ven en la necesidad de usar tal prenda; pero ninguna entidad observa sus malísimas consecuencias como los individuos de la Guardia civil, que constantemente y por exigencias de su profesión, las traen en sus pantorrillas en forma de compresa o venda, embarazando de este modo los movimientos de la pierna, sin permitir el libre ejercicio muscular que es necesario para el movimiento fisiológico; mas este inconveniente ya se revela al principio de estas cuartillas, al hablar en el sentido de pluralidad, y debido a esta causa pasaremos, aunque superficialmente, a definir parte de las gravísimas consecuencias que acarrearán las de uso actual.

Fisiológicamente hablando, las polainas de paño, además del mal antes anotado, también producen, actuando como una especie de esponja que se empapa en agua durante el servicio, alteraciones insalubres que, como es natural, tienen que alterar la marcha de la normalidad orgánica.

La pierna que con un ejercicio prolongado, como el de correrías, vigilancias, patrullas, etc., etc., produce la calorificación consiguiente que va seguida de una vasodilatación con transpiración mayor o menor, y en los descansos obligados del servicio, como interrogación de sospechosos, apostaciones, emboscadas, etcétera, etc., cesa el ejercicio muscular y, por consiguiente, la calorificación, y actúa entonces la polaina-esponja mojada a manera de una afusión fría, produciendo una vaso-constricción, sometiendo, por lo tanto, esas partes de la extremidad inferior a una serie de reacciones vasomotoras y nerviosas que si en alguna ocasión, debidamente dirigidas, pudieran excitar el fisiologismo, dan lugar, en la mayor parte de los casos, a estados patológicos, como, por ejemplo, reumatismo de todas las clases (muscular, articular, etc., etc.), las neuritis y las neuralgias tan conocidas de los médicos con el nombre de *a frigore*.

Como las enfermedades expuestas pueden dar lugar a consecuencias graves y dolorosas, basta con lo dicho, sin citar la serie de alteraciones que pueden derivarse como causa predisponente, el ya citado agente, que dentro de su relación con la salubridad a que se refiere el uso transitorio de dicha prenda reglamentaria, bien merece el nombre de morboso.

Estas enfermedades, emanadas de un estado frígido, suelen abundar en países húmedos, y por esa circunstancia nos hallamos que en la parte septentrional de España, muy particularmente por el Norte hacia la costa cantábrica que baña las provincias de Santander y Asturias, se suele encontrar muchísimos casos de reumatismo; y como detalle curioso he de manifestar, que mientras los individuos del arma de Caballería no suelen ser víctimas de esta clase de enfermedades, en cambio los de infantería (en las regiones dichas) continuamente suelen dar síntomas de estos patologismos.

El guante gris o avellana, sin ser de la necesidad apremiante de la polaina, es muy necesario su cambio por mandato de la estética; pues el guardia civil (tipo de compostura y aseo) significativo en la sociedad, debe ir adornado de la circunspección de su vestuario y su persona que debe encerrar en sí todos los caracteres de lo bello; y como dentro de lo circunscripto entra más apropiado (y más económico) el guante de color que el blanco, y dentro de lo serio, por muy serio que sea, encaja más apropiada y humanamente la polaina de cuero avellana, he ahí la causa de que, trabajando sobre este asunto y otros, consiga el SOMBRERO cubrir muchas cabezas y pies que están al descubierto.

¡Ah! Se me olvidaba lo mejor: el encargo de Camacho.

A las 86,20 es necesario, pero muy necesario, dárles un piso de altura. ¡Se elevan tanto las habichuelas!

¿Meentiende el invencible Rocha? Pues *homo sum humani nihil a me alienum puto*.

JUANELO.

(Oviedo) San Claudio, Enero 1917.

El suscriptor número 4.244, D. Juan M. Domínguez, nos escribe una extensa, cariñosa carta, en gracia alusiva a nuestro editorial de 8 del corriente, enviando, de acuerdo con otros estimados lectores que nombra, las más expresivas gracias a los excelentes señores Generales, Tovar, Ochando y Echagüe, Arzobispo de Tarragona y Ministro de la Gobernación, por el interés demostrado en bien de la tropa de la Guardia civil.

Transmitimos, justicieramente, la expresión a dichos respetables señores, y deseamos se repitan los motivos del general aprecio en nuestros lectores, ávidos de estimación de las gallardas actitudes.

Honorando las buenas causas se hace Patria.

Versos inéditos.

Divina mariposa,
símbolo de amores,
felicidades flores
en que te posas.

Fresca y lozana rosa,
alegrías de mis ansias,
felicidades flores
que aspiren tu fragancia.

Pensil de flores,
divina poesía:
calma mis dolores,
que torne a la alegría.
Que en este bello día
olvidando amores,
me entregue a la armonía
al cantar los ruiseñores...

ENRIQUE SOTO Y VICENTE.

Madrid, 1917.

DE ACA Y DE ALLA

(A VISTA DE PÁJARO)

¡El pobre multimillonario!

Sir X —no importa su nombre, y quiero respetarlo—, multimillonario yankee, ha muerto en New-York de una pulmonía.

Copio la noticia tomándola de un gran rotativo. Es uno de esos cablegramas que se aventan al mundo, quizá en la creencia, un poco vana, de que a éste le va a interesar.

La cosa en sí —digo, la triste nueva— no tendría nada de particular, ni de novedad, tratándose de un ser cualquiera. Ahora bien, tratase de un multimillonario y ya varía. La prueba más precisa está en que nos lo cuentan, y lo esparce el telégrafo por el globo. Este pobre globo, donde tantas cosas, raras y nuevas, vienen ocurriendo, para que vengamos a parar mientes en el fatal resultado de una pulmonía.

¿Verdad que es para reírse de la candidez, la ingenuidad e infantilidad del comunicante, amigo lector?

Eso parece a primera vista, y sin embargo, no es así, créalo usted.

Razone conmigo. Seamos escrupulosos, y hagamos tesis, para la síntesis correspondiente, que también podemos hacer.

Por lo que respecta a la pulmonía, primeramente convengamos en que no debió ser una pulmonía vulgar, una primera, vamos al decir, sin práctica de la vida; como cualquiera de esas lindas muchachas americanitas, que tan ingenuas empiezan unos amores —en cualquier film cinematográfico de los que vemos— y luego cómo acababan las pobrecitas por lo general! No confundamos con ellas, ni la comparemos a esta pulmonía de Sir X. Esa debía ser de oro, de pelo en pecho, porque vaya si supo elegir donde instalarse bien. «Pulmones de multimillonario» —se debió decir—, que allí si que me cuidarán, y aunque me ataquen de firme también, cómo me voy a reír después.

Luego ¿ve usted, lector, cómo vamos sacando miga a lo que nos pareció noticia oficiosa y vulgar, ayuna de interés y de emoción?

Imagine la emoción, el miedo —dicho sea sin ambages— de un multimillonario que se ve morir.

¡Horrible! Yo me pongo en su caso y palidezco. Sentirse arrancado a la vida, a la vida que puede gozar un señor de esos posibles. Que eso es vida y no la caricatura, el remedo de vivir de cualquier mortal cualquiera.

Sí, sí, espantoso, por yankee y estoico, o por excéntrico que uno sea.

Porque para un pobre bracero, para un negro o un coolie chino, harto de mal vivir, una pulmonía podrá ser en muchos casos hasta una alegría. Esa alegría de toda liberación, cuando salva de una calamidad, un suplicio, un sufrimiento que va siendo superior a nuestras pobres fuerzas.

Y, además, que, para esos seres tan convencidos de su nulidad, su insuficiencia, verse impotente en lucha con un mal así, que se está cebando en uno, no pasa de ser un dolor más que sobrellevar resignado y convencido de su impotencia. Y la derrota no lleva consigo ese amargo sabor tan indigesto de todas las derrotas.

Pero volvamos la oración, lector amable, ¡qué desesperación, qué rabia, la del altivo señor que, con todos sus millones, doctores, remedios y armas de lucha, siéntese mal tratado, humillado, vencido; y en los cuatro ángulos de su habitación, allí ve la mueca burlona, la risa apagada de la parca fiera que se mofa de su desesperación y de su soberbio rencor inútil y hasta ridículo.

Pues bien: hagamos la tesis ya que van trazados los dos paralelos.

¿Qué significa en ellos esa diferencia que los separa?

La vida —eso que hemos dado moderadamente en darle una personalidad y le llamamos la vida—, al portarse así con Sir X, ¿es que castiga en él un mal, un pecado, o se venga de algo? Y si no, ¿es, quizá, que así trata de nivelar las distintas vidas de unos seres y otros?

Y con el bracero, dándole esa conformidad, esa mansedumbre que le hemos supuesto, ¿es que premia, que compensa? ¿Qué tiene para con él, ante este último trance o esa postrera injuria del destino infeliz, toda la compasión, la piedad que al nacer no le otorgara?

¡Chi lo sa!

Puestos a desentrañar nos perderíamos en mil divagaciones, y en unas honduras, en unas cuevas y antros de misterio tan atrayentes, pero tan escabrosos y desconcertantes, que más vale no intentarlo; no quiero, lector, abusar de usted. Tengo un alma inquieta y un espíritu muy mal tentador, siempre dado a toda clase de quiméricos y extravagantes funambulismos, sobre este *alambré* de la vida, y usted, a lo mejor, no gusta de ser así.

Dándole por hecho, le felicito desde luego. A mí, básteme con haber pasado a usted esa noticia americana, que ya hemos visto cómo tenía su cierto interés.

PILCO MAYO.

El Gobierno y los pluses de reenganche.

Al discutirse en el Senado el presupuesto de Gobernación, ha vuelto a ponerse sobre el tapete la tan debatida cuestión de los pluses de reenganche de los Guardias civiles, con la acertada intervención del general Ochando presentando una enmienda a aquél, a fin de que se consignara la cantidad necesaria para tal atención, cuya enmienda no fué admitida por la Comisión ni el Gobierno, pretextando aumentaba a cerca de millón y medio la ya señalada en dicho presupuesto al mencionado objeto.

Cuando ya se creía resuelto y acordado el pago de los atrasos que por este concepto se adeudan a los individuos de tropa del benemérito Cuerpo, e igualmente solucionado el problema para evitar en lo sucesivo esta ineficaz demora en satisfacerles sus míseros devengos, vemos con la natural y dolorosa sorpresa que todo lo tan pomposamente prometido ha sido un cuento de hadas, pues no solamente continúa adeudándose lo correspondiente a años anteriores —sin muestras de su pronto pago— sino que en el presupuesto actualmente en vías de aprobación, se mantiene el equivoco origen de aquellos atrasos a pesar de la enérgica, nobilísima y razonada campaña del general Ochando, hábilmente secundado por el arzobispo de Tarragona y general Echagüe, encaminada a poner remedio a este anormal estado de cosas.

El ministro de la Gobernación y la Comisión de presupuestos, al contestar a tan prestigiosos varones, tuvieron para la benemérita las frases de elogio a que nos tienen acostumbrados, y siguiendo también su costumbre desoyeron las justas demandas de sus más humildes individuos, con excusas tan abiertamente contrarias a lo racional, que pasma hayan podido sentarse tranquilos después de dejar bien demostrada «la razón de su fuerza», pues de otra forma puede entenderse el acto realizado por el Gobierno, al no consignar la cifra indicada por el general Ochando en su enmienda como imprescindibles al fin indicado.

No se trata, conforme demostró tan digno y repetido general, de determinar una cantidad cualquiera para una atención susceptible de aumentar o disminuir, según las circunstancias, cual ocurre con los pluses de concentración que están sujetos a alteraciones, ya sean más o menos las concentraciones de fuerzas que haya necesidad de ordenar; esto no ocurre con los de reenganche, a los cuales tiene derecho la tropa del Instituto al reunir ciertos años de servicio en filas, y como no se ignora —ni puede ignorarse— lo que a cada uno corresponde por el repetido concepto, de ahí que asimismo pueda determinarse la cuantía exacta de todos en general, que no es otra que la fijada por el general Ochando; en tanto de ella se deduzca, es restar a sabiendas el de por sí mezquino haber del personal, no bastando a justificar esta anomalía el conceder sea ampliable la cantidad presupuestada, pues irremisiblemente al agotarse el crédito, vendrán nuevos atrasos como hasta ahora han ocurrido, ya que no es de esperar se encuentre otro ministro de Gobernación como el señor Ruiz Jiménez, quizá el único que ha logrado sea una realidad la antedicha ampliación.

Por otra parte, ¿a qué conduce señalar una cantidad inferior a la necesaria no ignorando es insuficiente? ¿No ha manifestado el señor conde de Romanones —hablando de los presupuestos— que los presentados eran «verdad»? ¿O es que parece al Gobierno excesivo el haber de la tropa de la Guardia civil y trata por este medio de disminuirlo? Porque si para no alterar —con aumento— el presupuesto de Gobernación se recurre a ese extremo con gran perjuicio de estos encanecidos soldados, bien podía haberse hecho lo propio con los espléndidos sueldos de los funcionarios superiores de dicho Ministerio, cuyas nóminas oscilan entre 5.000 a 30.000 pesetas anuales, y en este caso, si a cada uno de éstos dejara de incluirse en presupuesto 500 o 1.000 pesetas, seguramente bajaría notablemente el mismo, sin que por eso faltara el pan en el hogar de los referidos altos empleados, como sucede en los de los guardias civiles donde no hay el indispensable para sustentar las familias respectivas, dada la pequeña cuantía de su paga, a más de reducida, mal cobrada.

Las actuales circunstancias han obligado a muchas empresas particulares a subir el sueldo de sus más inferiores obreros para compensar en parte la enorme carestía de las subsistencias, y el Gobierno no solamente deja de hacer lo mismo, como corresponde, para con estos leales servidores de la patria, sino que todavía pretende escatimarles una porción considerable de su estipendio, a todas luces insignificante aun en tiempos normales.

Esperamos, no obstante, se impondrá el buen sentido y será subsanada esta deficiencia, dado el amplio criterio del señor Ruiz Jiménez, que al fin reconociendo el error y convenciéndose no conduce a nada práctico el dejar sin suficiente consignación la partida correspondiente a este concepto, ordenará su ampliación hasta el límite citado, que si (aunque no es presumible) llegara a resultar excesivo, quedaría el sobrante, como es lógico, a favor del Tesoro: todo, menos privar a nuestros centinelas del orden, los beneméritos guardias civiles, de una cantidad cuya posesión les está reconocida y tienen perfecto derecho, pues mediante ella han firmado un contrato con el Estado para continuar sirviendo en el Instituto, siendo un crimen regateársela.

Aquí tiene el gobierno y la Comisión de presupuestos un motivo para demostrar «con hechos» su amor e interés por la Guardia civil; si acometen y llevan a feliz término esta aspiración de los más humildes de sus individuos, pagando urgentemente los atrasos para evitar se vean en la miseria hombres a quienes se le adeudan cerca de mil pesetas, cortando a la vez radicalmente para siempre este abuso que tanto daña y perjudica el bienestar de estos desgraciados, entonces pueden estar seguros de que su obra humanitaria será bendecida por millares de almas y su nombre pronunciado con veneración y cariño en miles de hogares, donde ahora muchas tiernas e infantiles voces exclaman: ¡Papá! vámonos a cenar estas alubias con sólo este panecillo?...

AQUÉL.

CUENTOS DE CASA

El primer tropiezo.

Cuando Ramiro Errúniz calóse el tricorno, fué destinado a Málaga; esto es, mejor dicho, al 16.º tercio, y, una vez incorporado y presentado en la capital, su buena o mala suerte le llevó a Teba, uno de los mil puestos en que tan veterana y excelente unidad se halla subdividida.

A él le daba igual. Era Errúniz de esos pocos hombres a quienes en *verdad* les da todo igual, y por lo mismo, lo que otros fían a la intriga, la recomendación, para satisfacer una conveniencia propia, un deseo, una exigencia familiar, o simplemente un capricho, este Errúniz, como sus iguales en modo de pensar y sentir, sólo lo fían a su estrella, su suerte, lo que les depare Dios.

Empecemos, pues, por abonar en el «haber» de aquél principiante, esa bonísima cualidad de no pedir, no rebuscar, no desear siquiera.

Sólo así se explica bien que el buen Ramiro, nacido en el Norte, resultase en el Sur. Cualquiera, en su pellejo, hubiese procurado «arrimarse a su tierra», a «lo suyo» y «de los suyos» menos él.

Y allá va, con todos sus arreos, nuestro particular Errúniz, tras de cumplir todo lo ordenado en casos tales a meterse en su Teba. Y «Teba», Errúniz, jamás lo oyó nombrar, ni supo existiera, y mucho menos cómo y dónde. ¿Qué iba a saber él?

Esa ignorancia total del punto de su destino, tuvo para él una gran ventaja, y hasta un placer: el de despertarle la curiosidad de llegar; de saber lo que iría a ser aquel pueblo, cosa que no le hubiera ocurrido seguramente con la misma emoción de haber seguido ese instinto que guía siempre a los acomodaticios, los antes vulgares; buscar para su vida y su vivir futuro, lo ya visto y conocido, lo trillado; aquello que pareciera lo más cómodo y seguro.

Y Errúniz, en Bobadilla, tuvo ocasión de informarse más ampliamente de su derrotero y del final de él. Hasta encontró, en una pareja que le interrogaba en la estación, la primera satisfacción que le deparaba su *fortuna* en premio a la lealtad con que a ello se le entregaba. Eran muy amables aquellos compañeros nuevos, y buenas las noticias que de todo género le anticiparon. «En Teba lo pasaría muy bien. Y Errúniz respiró, porque, a qué negarlo, todo novato lleva dentro su recelo. Y «la Guardia civil, caray, es cosa muy seria; y que uno no la conoce cuando se mete en ella».

Todos estos temores y estos pensamientos que para su mochila se tuvo el novato éste durante su viaje, habíanle fruncido una arruguita en el entrecejo, que fué la que hasta entonces no le desapareció.

Ya, sí. Ya él fué otro hombre entre aquellos otros dos que le acompañaban, seguiría viéndolos yo, un día y otro, «sus compañeros, sus hermanos de profesión y de ideales».

Y «eso ya era ir sabiendo uno el terreno que pisaría».

¡Teba! ¡Tres minutos!

II

Errúniz, muy apenado, repetía mentalmente la operación: $7 \times 7 = 63$ y $7 : 7 = 1$. Y 2.72 setenta y dos; y está mal! Dice el sargento que está mal. Pues. ¡A ver, otra vez! Repetía con igual suma y colmabase en él la incertidumbre, la confusión.

Menos mal que el propio sargento, viéndolo tan atribulado y comprendiendo el caso, vino hacia él en forma de providencia.

—Vamos a ver, guardia Errúniz. Errúniz se cuadró. Era una espiga.

—¿Siete por dos? ¿Por tres? ¿Por cuatro? ¿Por cinco? ¿Por seis? ¿Por siete?

Errúniz —que había ido acertando toda la tabla—, al llegar al siete enarcó las cejas hasta juntarlas con el arranque del pelo y ¡¡49!! —exclamó, gritó con toda su alma llena de alegría, por haber comprendido al fin.

El sargento y algunos guardias presentes, sonrieron complacidamente. Y ese día, con sólo ese detalle de buena voluntad de un hombre —de un hombre todo afán además de aprender— quedó sentada y firmada la reputación del novato ante su jefe superior en el puesto, y ante sus compañeros.

—¿No se le olvidará? —le preguntó aún aquél.

—No señor, mi sargento. Descuide—respondió sin vacilar Errúniz y en cuanto estuvo solo, puso en el interior de sus sombreros, de su cinturón, y hasta en el del barboquejo, con números muy chiquititos: $7 \times 7 = 49$.

Aquella noche se durmió, aprendiéndose la tabla de multiplicar y la de dividir además. Pero lo que más le llenó, fué haberse esculpido, para siempre, en recuerdo y castigo perennes también, aquellas cifras de su primer tropiezo.

Cantó un gallo alegremente, y acá, allá de otros corrales venían los ecos. Lejos, muy lejos todavía, le oyó otro, y clarineó como todos.

Una campanita fina, de voz de niña, la de las monjitas Clarisas, tocó a maitines, y al poco, pareció que el alba recorriera las calles, tocaba a las puertas y se asomaba, blanca, tras los cristales.

PILCO MAYO.

XII-916

SERVICIOS

Noticioso el capitán D. Joaquín Fernández Trujillo, con residencia en Andújar (Jaén), de que en varias fincas de la demarcación de aquel puesto habían notado hacia unos días la falta de aceituna, dió las instrucciones convenientes al sargento, comandante del mismo, Francisco Ruiz Alcalá, el que procedió con los guardias primeros Antonio Sampedro Moncada, Marcelino Segura Martínez, Francisco Cerezo Callejas, y segundos Andrés Heras Romero, Calixto Cerceda Castellana, Antonio Picadizo Castillo, Francisco Molina García y Antonio Gómez Relafío, a practicar activas gestiones para la busca y captura de los autores de los mencionados hechos, los cuales dieron por resultado la detención el día 5 del actual de trece sujetos que se dedicaban al hurto del mencionado fruto, los cuales se confesaron autores de los cometidos en las fincas «El Carmen», «La Atahualpa» y olivares de D. Alfonso Rodrigo Gómez, y que puestos de acuerdo con José Gil Franco, depositaban en una casilla que aquél posee en las afueras de la población la aceituna que hurtaban, a cuyo efecto éste les había facilitado la llave de la misma, cuya aceituna ingresaba el Franco en el molino, haciéndola pasar por de la cosecha de su padre, habiendo sido puestos dichos sujetos con el atestado prevenido, 959 kilos de aceituna inter-

venida, tres burros y la llave de referencia a disposición del señor juez de instrucción del partido, convictos y confesos de su delito. La opinión pública ha visto con satisfacción este servicio, elogiando a la fuerza que lo ha practicado por el celo y actividad con que lo ha llevado a efecto.

NOMBRES DE LOS DETENIDOS

Agustín López Mateo (a) el Galgo. Pedro Fernández Martínez (a) Manazas.

Luis Gómez Almanzar (a) Carilla. Francisco Arenas Garrido (a) Arenillas.

Antonio Expósito Martínez (a) Regovero. Manuel Expósito Rodríguez (a) Braquetón.

Francisco Fernández Llori (a) Achuche.

Pablo Medina Garrido (a) Manchego. Juan Medina Rodríguez.

José Madueño Martínez (a) Quinqué. Francisco Robles Blanco (a) el Moreno.

Francisco de la Cruz Sánchez (a) Sampana.

José Gil Franco.

DE MADRUGADA

Un incendio.

Esta madrugada se declaró un incendio en una tienda de ultramarinos establecida en el núm. 48 de la calle O'Donnell (Tetán de las Victorias).

Los primeros que se dieron cuenta del siniestro fueron las fuerzas de la Guardia civil que avisaron al servicio de bomberos.

Con poca diferencia de tiempo acudieron aquéllas y los bomberos.

Mandaba a los guardias civiles el teniente jefe de la línea de Pozas D. Pedro Esteban del Valle, que con sus subordinados se cuidó de averiguar si en el interior de la tienda había alguna persona cuya vida pudiera correr riesgo.

Los bomberos, desde el primer momento, comprendieron que eran inútiles todos sus esfuerzos, tal era el incremento de las llamas que habían hecho presa en los objetos de la tienda, cuyo interior se había convertido en una hoguera, pero ya que no salvar las substancias almacenadas, lograron atajar el fuego y que éste no destruyera el edificio, que tiene construida la planta baja y un primer piso.

A las tres dieron cima a su trabajo, sin que durante él hubiese que lamentar ningún accidente desgraciado.

Las pérdidas a consecuencia del incendio son de bastante consideración, calculándose en catorce mil pesetas.

LAS INUNDACIONES

Servicio meritorio

El pundonoso señor teniente coronel primer jefe de la Comandancia de la Guardia civil de esta culta capital de Murcia, D. Alfredo Peña Martín, y los dignos oficiales, clases e individuos de tropa de la referida Comandancia a sus órdenes, son acreedores al mayor encomio, a la vez que de que se les conceda una merecida recompensa en pago a los valiosos y acertadísimos servicios que tan heroicamente han sabido llevar a efecto en las pasadas inundaciones, que han sido, ¡oh desgracia!, la desolación de la hermosa vega y la ruina del humilde proletariado huertano, que ha perdido, a pesar suyo, la cosecha, la casa, los animales, y la vida no, gracias al arrojo humanitario de los valientes beneméritos y marinos de nuestra gloriosa Armada que, como siempre, supieron coronar de laureles la bandera del honor, que en sus corazones, toda bondad, se alberga.

Los guardias civiles de esta panorámica, al par que por sus desgracias afligida provincia, han demostrado una vez más su altruista celo en toda clase de servicios, y máxime en este de la inundación, en el cual han dado un sublime ejemplo de amor al prójimo y desprecio a la vida, la cual expusieron todos, si, todos los hijos del inmortal Ahumada allí presentes, dejándola, con riesgo de perderla, a merced de las violentas sacudidas de la espantosa riada que rugía e impresionaba, por salvar la de sus semejantes, en su mayoría mujeres, niños y ancianos. Este hecho, digno de alabanza y alabado, señores gobernantes, es un deber de conciencia atenderlo y compensarlo. La ley de humanidad lo solicita para premiar con equidad y con justicia.

Y aquí cabe pronunciar la enérgica frase del general Echagüe cuando la huelga de Valencia: «Si la Guardia civil no existiera, habría que crearla».

EL HUÉRFANO.

Murcia, Enero de 1917.

TRIBUNA

A MIS COMPAÑEROS LOS ALUMNOS

DEL COLEGIO DEL DUQUE DE AHUMADA

Con el solo propósito de legaros un recuerdo, os dedico estas líneas, fruto de ocupar en vosotros los escasos ratos de ocio que el servicio permite, y contando con que EL SOMBRERO DE TRES PICOS se imponga el sacrificio de aminorar el prestigio que está adquiriendo desde que vió la luz pública, si las inserta en sus columnas.

Ruégoos no miréis en ellas más que el propósito que antes expongo y dejéis a un lado la redacción y mérito literario, pues de mí, que soy un *paleta*, no se puede esperar tal cosa, y con estas consideraciones voy a meterme en el grano po-

niendo antes por coraza aquello de que si sale con barbas, San Antón, y si no, la Purísima Concepción, aunque por honra del sexo prefirió se asemeje a la última, y tened presente que si el deseo es mucho, la facilidad de hacerlo es poca, y partiendo de este principio, hay que sacar la consecuencia de que no sabré expresaros como quisiera las vagas ideas que acuden a mi mente.

A los que lleváis ahí algún tiempo no os habrá pasado desapercibida la progresiva evolución de él buscando siempre el bienestar de los guardias civiles en embrión, que cobija bajo sus tejas, o como decís algunos de vosotros, que sin duda amará la libertad más que los de más de todos los que encierra en esas cuatro paredes.

En el paso de mi vida por él pude observar las muchas mejoras llevadas a cabo en estos últimos años, tanto por lo que afecta a la alimentación, como a la indumentaria, deportes, etc., debidas todas al celo de sus directores con el apoyo de los ilustres hombres que pasaron por el cargo de Directores generales del Cuerpo.

Si, como sabéis, son muchas las mejoras introducidas, evidente es, y además de agradecidos que habréis de corresponder en lo que de vosotros dependa para que del mismo modo que él cumple buscando vuestro bienestar, cumpliendo vosotros con el doble carácter de estudiantes y militares, cooperéis al fin para que ha sido creado, que es el de dotar al Cuerpo de buenos guardias civiles. Que quisiera puedan decir en alta voz su digna procedencia. Si las explicaciones y consejos de los profesores procuráis no caigan en saco roto, como vulgarmente se dice, sino que son recogidas para aprovechar cuanto tengan de bueno, y esto es todo, y sacar de ellas más de lo que sacó el negro del sermón, seréis los guardias que fueron el ideal de Ahumada; si, por el contrario, no las tenéis en cuenta, e hijos de la poca previsión para el mañana las desatendéis, después seréis malos guardias que, arrepetidos, tratáis de mejoraros cuando ya es tarde, cuando ya tenéis andados muchos kilómetros por el camino falso, y están muy distantes para retroceder a seguir el verdadero. El que en estas condiciones sale de ese Centro, es el que lleva a los pueblos rurales, donde se desconocen los preceptos de vuestro régimen interior, la injustificada fama que tenéis y que tanto cuesta poner de relieve al que va detrás, y es la vergüenza de sus compañeros, que a cada paso le echan en cara su procedencia, y como, aunque con pena hay que confesarlo, ha habido tiempo en que el contingente de éstos ha sido superior al de los primeros, he aquí el origen de la práctica que ahora se sigue en las Comandancias, y que no os es desconocida, de que cuando va uno de vosotros destinado a ellas, vaya a prestar sus servicios al último puesto, al contrario de lo que sucedía antes, porque los jefes procuraban tenerlos a su lado para vigilarlos más cerca, completando así la obra del colegio. Urge, como comprenderéis, la necesidad de evitar esto, que no sólo va en perjuicio vuestro, sino también del Centro que os educa, y del digno plantel de profesores con que contáis; y aunque no sea nada más que por éstos, hay que hacerlo desaparecer, con lo cual, a la vez que hacéis bien a todos, se está más cerca para conseguir los beneficios que os da el reglamento orgánico en su art. 93, fortalecido por el 1.º transitorio del vigente

reglamento para el ascenso de las clases de tropa, y que tan difíciles son de alcanzar.

Que desaparezca esa perniciosa práctica, y que siempre y en todos momentos sepamos demostrar que los que juramos la bandera de la Guardia civil, somos dignos de que ella nos ampare, es lo que desea vuestro compañero

CRÍSPULO MORÍN CLEMENTE,
(Paleto).

Fuente del Arco, Enero 1917.

RECORTE

No desfallezca en su campaña hasta conseguir el haber único de que habla EL SOMBRERO DE TRES PICOS, por ser de mucho interés para todos, y además con ello se simplificaría mucho la documentación de las compañías y mayorías, con respecto a las distribuciones, presupuestos, ajustes, etc.; labores complicadas y difíciles que la mayoría de los individuos no entendemos, y además con eso se resaría mucho personal de las oficinas de contabilidad, que se podría ocupar en beneficio del servicio.

Para "El Sombrero de tres picos,"

¡Oh sublime Sombrero! ¡Oh gloria de la gloria! ¡Oh elemento sensible y por todos conceptos altruista! Has venido a este mundo inmundo a sacrificar tus energías. El planeta que habitamos perdido está. Los hombres como fieras se destruyen. La lucha es fratricida. A los pies de nuestros hermanos estallan las bombas. La metralla asola los campos, barre los edificios, diezma las filas. Los combates son rudos y cruentos. El filo de las espadas, al partir los cráneos, descubre los sesos; los sables y las bayonetas se mullan en los huesos después de atravesar la carne. El pánico siembre por todas partes envuelto en sarcasmo. Las tropas, ora unas, ora otras, avanzan o se retiran a la desbandada, dejando el campo sembrado de cadáveres. ¡Qué horror! ¡No hay sentimientos! ¡No hay corazón! Todo se pierde. Las madres, sus hijos; las casadas, sus esposos; los hijos, ¡pobrecitos!, sus queridísimos padres. ¡Oh, las madres, cuyos hijos, carne de su carne, van a servir de pasto a las aves de rapina! ¡Pobre juventud!... La flor de la existencia se va; al resto le toca sucumbir de inanición. ¡Qué vergüenza!... Los hombres no saben amar; atropellan los derechos, son cobardes, abandonan la cultura y corren despavoridos en pos de la inmundicia, de la destrucción. ¡Esto es triste!... Hasta el sol, sí, hasta el sol, ese hermoso astro del día, «rey» del inefable entusiasmo en los días de paz, hoy enseñorease arrogante iluminando con sus fulgores de fuego los múltiples hacinados montones de cadáveres que patentizan por doquier la terrible hecatombe que conmueve al mundo. La vida se hace imposible. No se puede comer. Las subsistencias han adquirido unos precios tan fabulosos, que imposibilitan su compra. ¿Quién tiene la culpa? Los acaparadores sin conciencia, la codicia de los comerciantes y la indiferencia de todos. Tú, SOMBRERO DE TRES PICOS, no te arredres ante nada ni

ante nadie. Enarbola la bandera de la justicia y lánzate a la defensa de tus sagrados intereses, derruidos por la inconsciencia inhumana. Lucha con el caciquismo y trituralo. Donde esa ponzoñosa semilla germine, todos los frutos de cien leguas a la redonda serán contagiados. Es el cacique, la enfermedad sin cura, el fuego inextinguible. Es lo peor de lo malo. ¿Quién ha de combatirlo? ¿Quién lo exterminará? EL SOMBRERO DE TRES PICOS.

EL HUÉRFANO.

Murcia, Enero, 1917.

CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

Cinco penas de muerte.

En la Sala de lo criminal del Tribunal Supremo se ha visto ayer el recurso de casación interpuesto contra sentencia dictada por la Audiencia de Guadalajara en que se condena a muerte a cinco procesados por el delito de parricidio.

El hecho de autos es como sigue: En Tierzo vivían Francisco Vicente y su mujer, Consuelo Miñana.

Los padres de ésta estaban enemistados con Francisco, y de acuerdo con ella trataron de buscar unos asesinos que les librasen del yerno aborrecido.

Los esquiladores Mariano López, Máximo de la Mata y Máximo Sánchez prestaron a hacer desaparecer a Francisco, mediante la suma de 7.000 pesetas.

Y puestos de acuerdo con Consuelo, aguardaron la llegada del conñado marido, y acometiéndole traídoramente, le infirieron seis puñaladas todas mortales de necesidad.

Máximo Sánchez se limitó a vigilar mientras el crimen se cometía y a transportar el cadáver hasta un lugar solitario próximo a Tierzo.

A Consuelo le pareció que había realizado un «mal negocio», y regateó el precio ofrecido a los asesinos, que recibieron solamente 1.300 pesetas en vez de la cantidad estipulada con anterioridad al crimen.

Los condenados a muerte son los esquiladores López y Mata, Consuelo Miñana y los padres de ésta, Miguel Aznar y Manuela Galindo.

Creemos muy necesarias, para el justo aprecio del público, ampliar esa noticia que han copiado casi todos los periódicos, con las siguientes salvedades, tomadas de nuestros apuntes hechos en Tierzo a raíz de este crimen.

Los esquiladores, de acuerdo con Consuelo, no aguardaron la llegada del marido de ésta, Francisco Vicente, sino que se valieron de un premeditado recurso para que la víctima cayera en el lazo. Y es:

Ocultos los esquiladores en la casa de Francisco, ausente éste, de acuerdo con Consuelo, partió la mala esposa a buscar al marido, encontrándolo, y bien sabía ella donde estaba, jugando un tresillo con el secretario del ayuntamiento D. Valentín Laja y otras personas visibles de aquel pueblo.

—¡Francisco! —prorrumpió la esposa— ven a casa, que han llegado de paso compradores... etc., etc.

Lo demás, ya lo saben nuestros lectores.

La casa en que se cometió este asesinato está a orillas, casi detrás, del frontón, enfrente del cuartel de la Guardia civil, aunque a distancia, por ser de forma irregular la plaza en que están aquellas situadas y las calles adyacentes.

En los días en que tardó en descubrirse el crimen, la Consuelo pidió hospitalidad en casa del secretario, familias que se distinguían en afecto, y ¡claro! como la amistad aconseja gracia, el honrado matrimonio dió asilo en sus lares, cama inclusive, a esa hiena en figura de mujer, la cual se condolia de vez en cuando, de la tardanza en volver a casa de su marido, que, según ella, salió para Molina a un negocio urgente.

Pero... al encontrar el cadáver, medio comido de los grajos, por cierto, entra en funciones el cabo de la Guardia civil, hoy sargento, D. Andrés García Rubia, y se dirige como una flecha a Consuelo a interrogarla.

La Consuelo, con lágrimas de cocodrilo, pueden figurarse nuestros lectores lo que contestaría.

Y ni las negativas, ni los lagrimeos, hicieron variar al benemérito su idea: sospecha que de tal modo tomó cuerpo en su ánimo, que le dió rápida base de breve y total éxito descubridor.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS se enorgullece al relatar este apunte que honra el elevado concepto de una figura social envidiable y envidiada en todo el mundo culto.

Dicen de Melilla que ha sido informada en sentido favorable por la Superioridad una instancia solicitando terrenos para construir una plaza de toros alrededor de los huertos de Albaterra y Cabo y doña Margarita Sánchez Pimentel, y próximos también adonde se hallan instalados los almihares de Intendencia.

¡Vamos, hombres, por Dios!...

Ya era hora.

¿Cómo no se han acordado antes nuestros compatriotas de la necesidad de construir en Melilla esa plaza de toros?

¡Las desgracias que podíamos haber evitado!

EL SOMBRERO DE TRES PICOS vota por que esa plaza sea una de tantas monumentales.

Por algo se dice que «el Africa empieza en los Pirineos».

Al correrse las construcciones de plazas de toros de los Pirineos hacia Marruecos, nos damos acabada cuenta de la exactitud del preinserto dicho.

Los pujos de barbarie crecen. De Norte a Sur.

¡Oh lengua hermosa, preconizadora del clásico exaltar del colorido «País del viceversa»!

¿A que no hay casas-cuarteles decorosas, para los guardias civiles, en el campo español melillense?

¿A que no las hay en el de Ceuta y Larache?

¿Si no los tenemos en Barcelona!

¡Ah! ¿Pero eso qué tiene que ver con el fervor taurófilo de la raza?

Las casas-cuarteles de la Guardia civil simbolizan el orden, el sosiego, la paz, la tranquilidad...

Las plazas de toros engendran el desorden, la tensión de nervios, el simula-

cro de la guerra bestial, la efervescencia del espíritu...

¡Qué menos que ensanchar el campo de la diversión al torrente inculco, apriionado por las redes de la ley en el cauce silencioso del trabajo, con vistas, al menor deslizo, a la intervención de los graves agentes que desbaratan todo arresto libertino!

¡Oh bondad de las plazas de toros!

¡Y hasta ahora no se habían acordado nuestros compatriotas de construir un edificio tan necesario en Melilla!

Llámenlos ¡imprevisores!

Carteristas en un tren.

El profesor de instrucción pública, don Juan Meseguer Izquierdo, venía a Madrid en un expreso de la línea del Norte, y al llegar a Venta de Baños notó la desaparición de una cartera de su propiedad que contenía 275 pesetas en billetes del Banco de España, varios documentos y el carnet del billete kilométrico.

El Sr. Meseguer puso el hecho en conocimiento de la pareja de escolta, cundió la noticia, y bien pronto el robo de la cartera fué objeto en el vagón de generales comentarios.

El tren seguía su marcha, y al llegar a Medina del Campo, otro viajero, que se llama D. Manuel Cejador, notó que una mano se deslizaba suavemente por el interior de sus bolsillos, en busca de la cartera que en uno de ellos había.

D. Manuel, con un movimiento rápido, cogió la mano investigadora, que era la de un viajero que momentos antes comentaba con todos la desaparición de la cartera, y entregó al carterista a la pareja de escolta.

La alarma surgió en el coche, y se decidió hacer una requisa en el tren.

No bien se había lanzado esta idea cuando dos hombres que viajaban en el vagón de los alarmados, se arrojaron precipitadamente al campo por las ventanillas y huyeron, escondiéndose entre los matorrales.

El carterista detenido quedó a disposición de las autoridades de Medina del Campo, quienes también procedieron a la persecución de los huidos.

Esta noticia es una de tantas que abona la creación del Tercio de ferrocarriles, idea que sabemos no ha caído en saco roto por parte del Director de la Guardia civil, general Tovar, cuya gestión al frente del benemérito Instituto juzgamos plausible; pero se tropieza con el hueso de la actitud de los señores políticos que no saben adaptar su espíritu a las felices innovaciones creadoras de lo necesario, y en cambio se dejan seducir por las corrientes mimosas de gastos que pueden considerarse superfluos o, por lo menos, de pasivo interés en el momento.

Excitemos voluntades hasta conseguir un buen acuerdo en este problema importantísimo.

Parricida y suicida.

En Santa Cruz de Mudela (Ciudad Real), el vecino del mismo pueblo Francisco Navarro Río dió muerte a su esposa, Hortensia López Peñuelas.

El criminal, después de cometer el crimen, se tiró al pozo, siendo extraído con varias heridas.

Francisco manifestó que había obrado a impulsos de la conducta dudosa de su esposa y por vengarse.

El agresor tenía dos navajas, dos ha-

las acostumbradas evasivas, inexactitudes, negativas y ocultaciones que ocurren en los pueblos de toda bestia en tales casos (hijo todo de la lenidad y apatía de las autoridades civiles inferiores para hacer cumplir estos servicios, que no pueden vigilar como deben las superiores por consecuencia de tener que entregarse totalmente, más que al cumplimiento estricto de sus deberes, a la malhadada política, que tan fatales resultados nos trae), iba a perder un tiempo precioso, juzgué debía resignarme a pedir un bagaje por cada dos guardias, o dos para cada tres, que alternativamente utilizarían, según dispusiera el fin de la combinación, y de este modo cohonestaba de la mejor manera posible la urgencia del caso, con las dificultades propias del mismo, sin perder un instante más de lo indispensable; pues bien, el referido alcalde con su secretario y alguacil, hicieron por su parte lo que buenamente pudieron para que no me faltasen las caballerías en el tiempo prefijado; pero burlándose completamente de ellos los a quienes les correspondía facilitarlas, se les escapaban por las callejuelas según iban al sitio donde yo les esperaba, hasta que notando la falta de movimiento y que nadie parecía con bagaje, salí en persona en busca de tal autoridad, quien interpele por mí sobre el particular, me contestó muy apurada lo que le ocurría: inmediatamente le invité a que designase las personas que debían facilitar sus caballerías, y que el alguacil, acompañado de una pareja de mis guardias, se encargase de cumplimentar en el acto mis disposiciones, verificándose, en efecto, el cumplimiento de las mismas incontinenti; mas para demostrar la obstinada resistencia de algunos vecinos que apelaban a toda clase de recursos para evadirse de una de las cargas vecinales más sagradas, no dejaré de referir, que al llegar uno de los bagajeros, con el mayor descaro e insolencia, a presencia mía, y sin tener en cuenta la magnitud de su falta, se dirigió al alcalde, y con ademanes descompuestos, insultándole, dijo: *Venga*

usted a reconocer mi caballería, a ver si se encuentra en estado de salir. A tamaño desatencamiento, mi paciencia ya agotada, me hizo prescindir de mi posición y carácter, y cogiéndole violentamente le obligué al silencio y disciplina, mandándole le pusiesen unas esposas con objeto de remitirle preso a disposición del comandante general de la provincia; pero habiendo reconocido su falta, dado sus excusas a su manera y pedido humildemente perdón por conducto del sargento Valiente; considerando que su punible comportamiento procedía más de su ignorancia que de su mal carácter, según también me informaba el alcalde que, compadecido, abogaba por él; indicándole que su conducta anterior era irremprochable, y teniendo además en cuenta que en parte había sido castigado al sufrir públicamente mi represión y ser esposado, y que yo no podía cómodamente desprenderme de ningún guardia para su conducción, viéndolo su docilidad y arrepentimiento, no tuve inconveniente en disponer su libertad, no sin haberle hecho comprender sus deberes para lo sucesivo.

A todo esto la noche se aproximaba; recordaré que nos hallábamos en el día 22 de Enero, y que una gran sabana de nieve cubría nuestro suelo y horizonte. En tal situación mandé formar la fuerza, y designando al cabo segundo Antonio Macías con los guardias segundos Antonio Benito García y Juan Salcedo para marchar sobre Gamonal, y al guardia primero Braulio Yeguas González con los segundos Vicente Silva y Francisco Moreno, sobre Hortumpascual, con objeto de que pernoctasen en estos respectivos puntos, dando parte, por propios montados, de su llegada y del resultado de los trabajos que les encomendara, me dirigí con el sargento segundo Pedro Rodríguez Valiente, guardia primero Narciso Castro Mayán y guardias segundos José Díaz Lago y León Martínez al pueblo de Cabezas del Villar, a cuyo punto debían comunicarme sus partes los jefes de la acción y desde donde yo debía darles órde-

cientemente me habían hecho, lo hacía verdaderamente violentándose, pues sabía eran de esas personas de quienes hay que temer recibir la menor atención, por que fácilmente se creen luego acreedoras a hacerse pagar con usura. acudiendo con exigencias comprometedoras o de difícil solución en el terreno legal.

Llegamos a la puerta del don M..., llamé el alcalde, se presentó aquél en persona, me retiré algunos pasos para que con libertad se explicase, y cuál sería mi sorpresa cuando el alcalde me manifestó que era imposible alojarme allí por haber enfermos en la casa; a una frase mía de disgusto, y viendo que no obstante el estado en que la fuerza se encontraba y lo intempestivo de la hora, me decidía a retirarme de aquel pueblo, se me acercó el don M..., no a hacerme entrar en su casa, sino a presentarme sus excusas, volví la espalda dispuesto a castigar, dentro de la esfera de mis facultades, aquella especial manera de cumplir un pueblo las leyes vigentes, cosa no muy de extrañar en una población como Cabezas del Villar, que habiendo sido cuna de más de un célebre criminal, merecía especial vigilancia de la Guardia civil, por lo que este Cuerpo no podía gozar allí de grandes simpatías. Por último, el honrado juez municipal (1), descartándose ya por completo de caciques y de toda consideración, desesperado también y deseando concluir por su parte un tan enojoso asunto, en que el alcalde quedaba tan por el suelo por su falta de carácter, viéndolo allí inmediata una puerta que se encontraba abierta, no sé por qué causa, dijo enérgicamente: *Aquí, aquí, entren ustedes aquí de mi orden; quíerán o no quíerán, toquen o no toquen alojamiento. Los dueños de la casa presentaron un aspecto tan hosco y nos recibieron con tanta dureza de semblante, que no dejaron de estimular mi ánimo a llevar a cabo una alcaldada, como vulgarmente se dice; pusieron hasta el obstáculo de que mi caballo no cabía en la cuadra, que se ha-*

(1) D. Celestino Hernández y Moreno.

chas, un punzón, una cuchilla de forma de media luna y una lezna, como si fuera a ir al frente de batalla.

Es decir, para demostrar que no era capaz de ir a ninguna parte en actitud de hacer cosa de provecho.

Porque al frente de batalla se va con armas y se va sin ellas. Con inteligencia también se lucha y se vence.

Además, el armarse constituye para el hombre de honor y de valer y de valor un indiscutible aprecio de oportunidad.

Francisco Navarro mató a su mujer por dudas acerca de la conducta de ésta y para vengarse.

Francisco es un degenerado, un loco o un idiota.

La razón es obvia.

A la mujer de quien se duda no se la mata a navajazos, hachazos, etc.

El arma que usan los hombres bien equilibrados en este caso es otra.

Con la que se mata también, si es preciso, pero moralmente. La duda de la fidelidad es un tormento que hay que desterrar pronto, porque es muy pernicioso para la vida. ¿Cómo desterrarlo?

Serenándose el que se cree ofendido, estudia las múltiples formas de convenirse de que es verdad o disuadirse de que es error el supuesto.

A la mujer infiel se la hiere y mata con el arma del desprecio; a la que no es responsable de actos que den margen a dudar de su honradez... hay que reintegrarla presto en la sana estimación que merece.

El hombre que va al campo de batalla en defensa del honor de su patria, no lleva leznas, hachas ni punzones.

Ni mata mujeres indefensas. Ni se suicida.



Parto cuádruple.

En Fuengirola (Málaga) ha ocurrido un suceso, que está siendo la comidilla de las gentes.

La vecina de aquella villa, Rosalía Martín Vázquez, de veintitrés años de edad, casada con Juan Zapata García, de oficio pescador, ha dado a luz cuatro niñas!

Pues, señor..., esa buena señora no se ha dado cuenta, por lo visto, de lo difícil que se va poniendo el problema de las subsistencias.

Venirse con un aumento de cuatro bocas en estos tiempos en un hogar de pescadores equivale a encerrar al pobre marido en una red de las de menos de pulgada en cuadro.

No le falta más al desventurado matrimonio que salga cada niña pidiendo a voz en grito media docena de huevos para sostenerse en esta pícara vida en cada una de sus tres comidas.

Ahora, que cuesta cada huevo lo que hace pocos años costaba una docena.

NOTICIAS

Con gran satisfacción hacemos público que la Asamblea Suprema de la Cruz Roja Española, en 31 del anterior y previos los informes del Reglamento, acordó conceder la medalla de oro al primer teniente de la Guardia civil D. José Rodríguez Medel, jefe de la línea de Almuñécar (Granada), por el salvamento que, acompañado de su ordenanza, hizo en un día del verano de 1915, de un niño

próximo a perecer arrastrado por las olas en aguas de Motril.

Recordamos que, por este humanitario hecho, se concedió a este oficial y a su ordenanza la Medalla de Salvamento de Naufragos, y se incoó expediente para su ingreso en la Orden civil de Beneficencia, el cual, pendiente de resolución, sigue los burocráticos trámites tan pesados en nuestra Administración.

Reciente la feliz intervención del teniente Medel en el horroroso crimen de Otívar, a cuyo acierto se debe el esclarecimiento del hecho, huelgan comentarios encomiásticos de los méritos que capacitan a quien tan de relieve los pone frecuentemente, para obtener galas del aprecio oficial como del concepto público.

Sea enhorabuena.

En la causa criminal que por el delito de injurias se seguía en la Audiencia de Madrid, figurando como querellante don Eduardo Yáñez, contra D. Tomás Blanco, director del periódico *La Patria*, por un artículo publicado en el referido periódico el día 4 de Enero de 1914, ha dictado sentencia la Sala cuarta, condenando a D. Tomás Blanco Nondedeu a cuatro años, nueve meses y once días de destierro y al pago de las costas y multa de 250 pesetas.

PARA REIR

Para la sección amena de «El Sombrero de tres picos».

En un examen:

—Digame, pollo: ¿Cómo pondría usted «huevos»?

—¡Siendo gallina!

*

¿Cuál es el colmo de un tenor vanidoso?

Que cantando se le escape un gallo y por vergüenza se le suba a la cara el pavo...

ANGELITA SOTO VICENTE.

¿Cuál es el colmo de un barbero?

Sostenerse por los cabellos.

*

El colmo de un colmista:

Hacer un colmo en la calle del Colmillo.

ENRIQUE SOTO VICENTE.

¿En qué se parece un huevo a los dedos de la mano?

En que tiene yema.

*

¿Cuál es el colmo de dos enamorados en Nochebuena?

Pelar la pava.

JOSÉ MOLLEJA LÓPEZ.

Entre nuestros redactores literarios y de información figuran: **Pilco Mayo, Iturri, Hercúlio, El Teniente Bigotudo, Salicio Da Rúa, Juanelo, El Cabo Baqueta, Aqué, Un Civil nuevo, El Barón del charrasco, Ursus, Helios y Zeta.**

LA GUERRA

NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA

La invasión de Rumania.

Ocupación de Vadeni.

Koeninwusterhausen 14 (11 noche).

Parte alemán: «Sobre la línea férrea de Braila a Galtz ha sido tomado Vadeni.»

Avance ruso contenido.

Koeningwusterhausen 14 (3 tarde).

Parte alemán: «Cuerpo de ejército del mariscal von Mackensen.—Debido a las malas condiciones atmosféricas fué limitada la actividad de los combatientes. Rechazamos un avance ruso en el Sereth, al noroeste de Braila.»

Ataques y contraataques.

Koeningwusterhausen 14 (3 tarde).

Parte alemán: «Frente del ejército del Archiduque José.—Granaderos alemanes penetraron en los Cárpatos orientales, al norte de la Bistritz Dorada, en varios puntos hasta la posición rusa. El enemigo tuvo grandes bajas; volvimos a nuestra propia posición, y según orden, con botín y prisioneros. Al sur de la carretera de Oitoz tomamos por asalto una altura ocupada por el enemigo. Cogimos 50 prisioneros.»

Ataques rechazados.—Evacuación de Cotulniha.

París, 4 (11,30 noche).

Parte ruso: «En el frente rumano rechazamos los ataques contra nuestras líneas al este del pueblo de Putna, al norte del río Blonien, al sur del mismo río, así como también al oeste de Prálea.

Hemos abandonado la localidad de Cotulniha.»

En Grecia.

La respuesta de Wilson.—Ataques a la «Entente».

París 14 (10,30 noche).

Le Temps publica la contestación de Grecia a la nota de Wilson referente a la paz.

El documento griego constituye una recriminación contra la «Entente» y una protesta contra el bloqueo de Grecia, que tiene por objeto —dice— llevar el hambre a un pueblo pacífico que, sin embargo, trata por todos los medios posibles de permanecer neutral.

Alemania y los Estados Unidos.

Mister Lansing hará una declaración acerca del discurso de Mr. Gerard.

Londres 14 (11,30 noche).

Mister Gerard, embajador americano en Berlín, a requerimientos del departa-

mento de Estado de Washington, ha teleografiado el texto del discurso que pronunció recientemente ante la Cámara de Comercio americana en Berlín. El texto confirma lo dicho por los periódicos; es decir, que el embajador manifestó que las relaciones entre los Estados Unidos y Alemania nunca habían sido más cordiales que ahora.

Se anuncia que en breve Mr. Lansing hará una declaración acerca de este asunto.

En Bélgica.

Los flamencos belgas.

Nauen 14 (11,45 noche).

Los jefes flamencos Declercq y Leo-meert han dirigido, en nombre del grupo holandés de Vlamsch Comitét (Comité flamenco) national, al presidente Wilson, un manifiesto, en el que se pide autonomía para la mayoría flamenca del pueblo belga, compuesta por cuatro millones de hombres.

El diario flamenco *Wiamsch Nieuw* pide que sea convocado el Congreso Nacional Flamenco.

Holanda y las deportaciones.

París 14 (11,30 noche).

Comunican de La Haya que el *Han-deisblatt* dice que el gobierno alemán no ha dado satisfacción a Holanda respecto a las deportaciones, pues sólo se ha referido en su contestación a los deportados de la región de Amberes.

No obstante, la proclama del alcalde de Rotterdam de Octubre de 1914 declaraba que se autorizaba el regreso a Bélgica de todos los habitantes de cualquier región de aquel país.

Por ello, el gobierno holandés tiene el derecho de insistir cerca del Gabinete alemán para saber la suerte corrida, no sólo por los habitantes de Amberes, sino por todos los demás belgas que regresaron a su patria fiados en las promesas que les daban las autoridades holandesas.

En los Balkanes.

Búlgaros llamados a filas.

Londres 13 (11 noche).

Dicen de Salónica que han sido llamados a filas todos los búlgaros de diecisiete años de edad.

A los inútiles y excedentes se les ha convocado a nueva revista, y la mayor parte de ellos enviados a filas.

Ataque fracasado.

Koeningwusterhausen 14 (3 tarde).

Parte alemán:

«Frente macedónico.—Se malogró un ataque enemigo contra nuestras posiciones al sur de Stojokovo, entre el Vardar y el lago de Doiran.»

Los submarinos.

Cañoneo de un submarino.

Vigo 14 (12,25 tarde).

Los pasajeros del trasatlántico inglés «Amazón», que hoy sale de aquí para América del Sur después de tomar pasaje y carga, cuentan un dramático accidente del viaje.

Anteayer, cuando dicho buque venía con rumbo a Vigo, se cruzó con un vapor francés armado, y en el mismo momento apareció un submarino, que fué cañoneado por el otro vapor.

El sumergible le disparó un torpedo, pero no le alcanzó, desapareciendo el submarino de la superficie.

El torpedo pasó a cinco metros de la proa del «Amazón». Pasados varios minutos vióse reaparecer al submarino, contra el cual disparó el «Amazón» tres cañonazos, ignorándose si fué alcanzado, pues se sumergió rápidamente.

Torpedeo de un velero portugués.

Vigo 14 (11,50 noche).

Ha sido torpedeado en las costas americanas el velero portugués «Orta», que procedía de las Azores. La tripulación fué salvada.

Vapor holandés torpedeado.

San Sebastián 14 (10,30 noche).

El vapor pesquero «Conchita» encontró en alta mar, y trajo a este puerto, un bote salvavidas pertrechado, pero sin tripulantes, perteneciente al vapor holandés «Bertande», que se supone fué torpedeado.

Un sumergible austrohúngaro en la marina italiana.

Roma 14 (10 mañana).

Parte oficial italiano:

«Un comunicado del ministerio de Marina dice que el sumergible «U-C 12», que el gobierno alemán había cedido a la marina de guerra austrohúngara y que ha caído en nuestro poder, ha entrado a formar parte de la marina italiana con las escuadrillas de torpederos.»

En el aire.

Incurción sobre Pola.—Combate aéreo.

Roma 14 (10 mañana).

Parte oficial italiano:

«Nuestros hidroaviones en unión de otros franceses, realizaron ayer un reconocimiento ofensivo sobre Pola lanzando bombas sobre algunas unidades enemigas.

Aviones contrarios entablaron combate con los nuestros, siendo aquéllos rechazados.

Uno de nuestros hidroaviones combatió sucesivamente con tres aparatos enemigos, los cuales se vieron obligados a retroceder.»

21.—Imp. G. López del Horno, S. Bernardo, 92, téf. 1929

me a su cabeza emprendí la marcha hacia el pueblo de Martínez, distante unos tres cuartos de legua.

CAPITULO II

PERSECUCIÓN

Rápidamente hicimos este corto camino, llegando en su consecuencia poco después al pueblo, en cuyas afueras mandé hacer alto, ordenando a una pareja pasase a dar aviso al alcalde del sitio en que le esperaba.

Es la población de Martínez una pequeña villa que cuenta unos ochenta vecinos, de escasa y tosca instrucción en lo común, con lo cual está dicho que el alcalde, (por esa desgraciada costumbre seguida generalmente en España, en las poblaciones de poco vecindario, de elegir para tales cargos a las personas de más influencia, sin tener para nada en cuenta los grados de aptitud) no tuvo parte en el descubrimiento de la pólvora. Brevemente me convencí de ello, pues no obstante la suma urgencia del caso, que le recomendé con eficacia, se me presentó después de tenerme esperándole más tiempo del que yo podía perder y del que mi paciencia me lo permitía, cuando ya me disponía a marchar, dejando allí una pareja para que me alcanzase, no pudiendo darme detalle alguno, no solamente que estuviese relacionado con el hecho del día anterior, sino ni aun de los caminos o veredas sospechosas que fuese conveniente reconocer.

Encontréme, pues, con que comenzaba por haber perdido inútilmente unos tres cuartos de hora, que tan necesarios me debían ser en la persecución que intentaba, y este primer contratiempo, augurio desgraciado de tantos y tantos que habían de seguirle en aquella jornada, levantó en mí un humor endiabrado, que contribuyeron a aumentar algunas semisalvajes mujeres de dicho pueblo, que nos habían rodeado con curiosidad inaudita, vociferando a nuestros oídos: *ya no*

tido gente, pero donde tampoco nos respondió alma viviente: todo lo que nos rodeaba parecía un cementerio, jamás he notado un silencio tan profundo, ni aun en la mansión de los muertos; fuertemente impresionado por tanta penalidad y tanto motivo de impaciencia, iba a mandar a la fuerza se preparase a derribar la puerta, cuando el juez municipal, que era el único que interpretaba nuestra situación, pues el alcalde pertenecía a la clase del de Martínez, con lo cual está hecha su apología, se elevó por las hendiduras de la pared hasta su parte superior, descolgándose al interior del patio de entrada, y ya creí por lo menos ver a mi sufrida tropa alojada, cuando noto que el pobre juez aquel llamaba fuertemente a otra segunda puerta para entrar en la dichosa casa; ya mi cólera estalla y ordeno destruir la puerta, lo cual empezó a practicarse, en cuyo momento recordando que por los señores X..., verdadera gente feudal de aquel país, se me había ofrecido hospitalidad con insistencia en diferentes ocasiones, hablé al alcalde indicándole nos dirigiese allí, pues por más que yo nunca había admitido sus galanterías, no me parecía impertinente en vista de las circunstancias y por los mayores elementos de dichos señores, llamar a sus puertas y pedir graciosamente hospitalidad, o bien alojamiento en forma legal, puesto que la Guardia civil en uno de sus más brillantes y heroicos servicios se hallaba en la calle, muerta de hambre, de frío y de cansancio por una penosa marcha de once leguas. El alcalde, no obstante ser el domicilio de estos señores, magnos caciques del lugar, el único que en todo caso podría destinarse por mi categoría, temiendo, sin duda, incurrir en su desagrado, manifestó cierta tibieza en conducirme, hasta que viéndome caracterizado cedió a guiarme, si bien mostrando siempre su marcada timidez, a casa de uno de ellos, don M...

Al decidirme en fuerza de las críticas y especialísimas circunstancias en que me encontraba, a usar por primera vez de las repetidas ofertas que siempre y

nes para proseguir las operaciones del día siguiente.

Paso por alto los sufrimientos de este día, luchando continuamente con la nieve y el frío intenso, propio de este país, que en Enero puede apellidarse, sin incurrir en exageración, la Siberia de España. A pesar de que yo he nacido en un país meridional y que, por lo tanto, el frío enerva mi cuerpo horriblemente, no eché para nada pie a tierra en la indicada Siberia, lo cual llamaba extraordinariamente la atención de mis guardias, que aun marchando a pie casi siempre y siendo naturales de Castilla, les era casi insostenible lo bajo de la temperatura.

Llegamos a Cabezas del Villar sobre las ocho y media de la noche, y aunque poco descanso me prometía en este pueblo por más de un concepto, nunca pude imaginar que tendría que pasar por la amargura de una inhospitalidad, tanto más sensible cuanto que más era la necesidad que de descanso teníamos, prescindiendo del desecho que se experimenta al notar un grosero recibimiento en un pueblo, precisamente en los momentos en que más se sufre por darle garantía y seguridad.

El alcalde, hombre inepto, y el juez municipal, de regular criterio y decisión, fueron precediéndome de casa en casa llamando a sus moradores para alojarlos; pero cual si llamasen a un madero colocado de pie sobre un páramo; así estuvimos vagando hasta las diez de la noche sin que para que algún vecino nos abriese su domicilio bastasen las palabras de *jabra usted a la autoridad, etc., etcétera*. Todo cuanto se intentó fué inútil. Dejando una casa y eligiendo otra, sin fijarnos ya en categorías, pues sólo se trataba de ponernos bajo techo, aunque fuese (perdónese la frase) en una pocilga en vez de instalarnos en nuestras respectivas clases correspondientes, y sin obtener mejor resultado en ninguna, siendo ya las diez y media de la noche y hallándonos mal parados y casi desfallecidos por el hambre y cruel temporal, llegamos a una casa donde habíamos sen-

los cogen, a buena hora vienen, sabe Dios donde estarán ellos ya, y otras mil vulgaridades por el estilo. Yo desprecié poderosamente a estas individualidades que ponían en gran aprieto al que llamé bello al sexo femenino, pues para mí la primera necesidad era ganar tiempo, del cual solamente podía obtener una base para mis operaciones; por tanto, continué mi marcha recorriendo rápidamente todos los parajes inmediatos a Montalvo, no sin detenerme en la dehesa de Castellanos para hacer alguna investigación, aunque infructuosamente, dirigiéndome al pueblo de Pascualcoba, y a la casa de su alcalde, el cual, aunque hombre rudo, me dispensó alguna hospitalidad relativa, viéndome en él buenas disposiciones para todo cuanto le indicé.

Como me propongo consignar aquí todos los episodios más o menos importantes de nuestra penosa jornada, y siempre que sin alterar la verdad de los hechos entretenga algo al lector, haciéndole formar juicio del país y gente con quien tropecé en mi histórica persecución de los criminales, diré, que en vista de la forzosa disima marcha que proyectaba imponer aquel día y sucesivos a mi tropa, dispuse fraccionar mi exigua columna de diez individuos en tres grupos, con objeto de que, recorriéndose simultáneamente por la fuerza el mayor número de puntos posibles, la rapidez de la persecución diese por resultado seguro la noticia de la ruta de los malhechores, su alcance y captura. Para practicar esta operación, proyecté marchasen (en bagajes, a fin de conservar mi tropa en estado de batirse y resistir en vela por las noches) los tres grupos de fuerza sobre aquellos pueblos y caseríos que mis noticias y criterio me señalasen; indiqué, pues, al alcalde que en el término de media hora me facilitase cinco bagajes mayores, para lo cual debía embargarlos donde los encontrase, pues el servicio del rey y de la nación podía ser más perentorio, y la pérdida de un minuto podría implicar la frustración de mis planes; sólo pedí cinco bagajes a vez de diez, porque conceptuando que el